

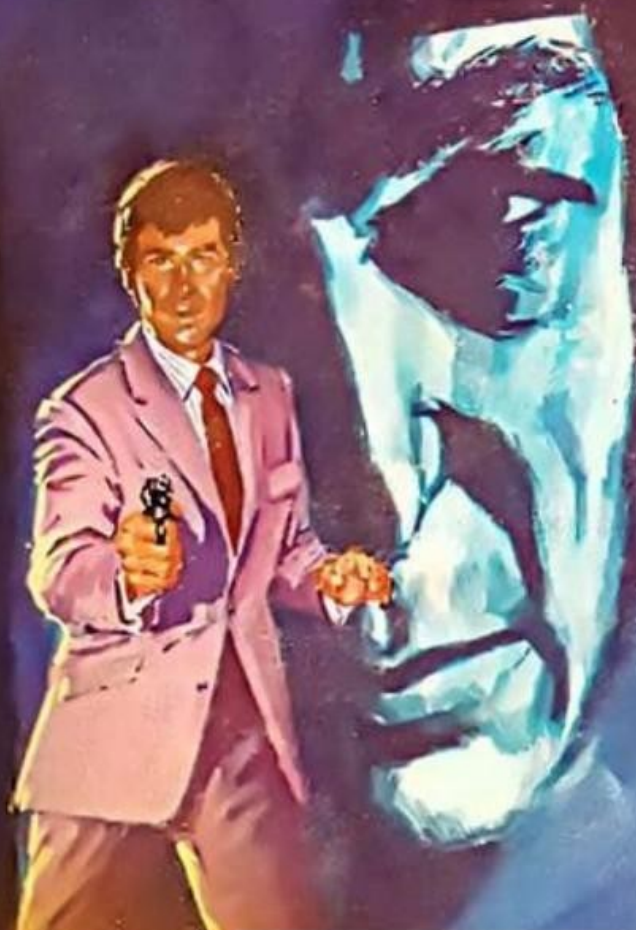
FOLSA IRROS BRUQUERA



SERVICIO SECRETO

LA CLAVE ESTA EN MUNICH

Curtis Garland



SS

**SERVICIO
SECRETO**



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.375 — Sangre para una ópera rock.

En Colección PUNTO ROJO:

774 — Criminal prefabricado.

En Colección LA HUELLA:

121 — Anoche fui ejecutado.

CURTIS GARLAND

LA CLAVE ESTÁ EN MÚNICH

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.337
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 159 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo, 1977

© Curtis Garland - 1977

texto

© Jorge Sempere - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.**
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

PARA mí, todo empezó aquella madrugada. Cuando abandonaba el hotel Ambassador, en el Quai des Berges de Ginebra, para tomar uno de los trenes vía Berna, hacia Zúrich.

Quizá había empezado mucho antes, sin yo saberlo. Pero creo que, volviendo la vista atrás, ese instante marca para mí el inicio de lo insólito que el destino me reservaba en las jornadas siguientes. Y por ello evoco ahora ese momento preciso, definido. La mañana todavía sin luz, salvo las brillantes del alumbrado callejero de la ciudad del lago Lemán, en una atmósfera limpia, despejada, carente de contaminación.

En otra ocasión, yo hubiera viajado en avión para cubrir cualquier distancia, en vez de encerrarme más de tres horas en el vagón de un ferrocarril suizo, muy confortable, eso sí, pero infinitamente más lento que un viaje aéreo. Ahora, mi psicosis contra los vuelos era todavía lo suficientemente intensa como para preferir aferrado a tierra, con todas sus posibles incomodidades.

Salí de Ginebra en el primer tren de la mañana, el que sale de la Gare Cornavin a las cuatro y cuarenta minutos, para arribar a Zúrich a las siete y cincuenta y seis. Eso sí, con una exactitud matemática, como parece ser orgullo en las líneas ferroviarias helvéticas.

Había cenado aquella noche en el restaurante de la Cascada des Bergues, frente al Point de la Machine, no lejos de mi hotel, para tomar luego unas copas en un club de la rue Bouchet, y retirarme a descansar unos momentos en mi habitación, antes de encaminarme a la plaza de la estación, con sus edificios comerciales, sus luminosos multicolores y su hilera de taxis en la parada de servicio, frente a las puertas de la Gare, cerradas hasta poco antes de la hora de salida de ese primer tren hacia Zúrich.

Iba sumido en mis pensamientos, y lo cierto es que me fijaba poco en cuanto me rodeaba. No hacía turismo. Y para mí, cada ciudad europea se asemeja demasiado a las demás, para que me atraiga particularmente ninguna de ellas.

Desayuné frugalmente en el vagón-restaurant de la Compagnie Suisse des Wagons-Restaurants, y me enfrasqué en la lectura de un periódico de Ginebra, mientras las primeras luces matinales iban tiñendo de un azul fantasmal los pueblos y los prados de Suiza, a lo largo de la vía férrea, franqueada constantemente de industrias y factorías de nombres famosos, desde productos farmacéuticos a industria alimenticia o de motores.

Mientras hojeaba el periódico suizo con aire distraído, y numerosos ejecutivos y personas con trabajo en Zúrich, Berna o Lausanne, iban subiendo en las diversas estaciones al primer tren de la mañana, para trasladarse a sus emplazamientos laborales, trataba de no pensar en mis propios problemas. Pero no era tarea sencilla.

A veces, me tropezaba conmigo mismo, reflejado en el vidrio de la ventanilla, oscuro espejo contra los paisajes en negro o azul, mientras la claridad solar no tiñera de color las cumbres alpinas y los pintorescos pueblecillos helvéticos, en el constante trepidar del vagón donde me acomodaba.

Resultaba difícil imaginar que aquel era yo. Que aquel rostro que me contemplaba, casi cínico, desde el vidrio oscuro, era yo mismo. Pero así eran las cosas, y así había que aceptarlas desde ahora. Ginebra quedaba, al fin, atrás. Y con Ginebra, el doctor Jean Ferrand. Y todo cuanto esto significaba en mi existencia...

Ahora, en Zúrich quizá iban a cambiar para mí muchas cosas. Tenía reservada habitación en el hotel Saint Gotthard, en la Bahnhofstrasse número 87, muy cerca de la estación ferroviaria de la ciudad. Allí tendría noticias de mis nuevos editores. El contrato era cosa de horas. Cuando lo firmase, tendría que empezar a escribir mi historia sobre un acontecimiento vivido por mí recientemente, y cuyo recuerdo aún me estremecía. Pero yo era, ante todo, escritor. Y esta vez, ni siquiera tendría que recurrir a la ficción para escribir un libro de éxito. La verdad, cruda y desnuda, me ofrecía la mejor ocasión. No podía desaprovecharla.

Los editores habían sido listos. Creo que siempre lo son cuando

ven posibilidades de ganar un dinero fácil. Aquel desastre aéreo era noticia. Y, después de todo, solo había dos supervivientes. Uno, aún continuaba con su shock traumático y sus amputaciones, internado en un centro sanitario de Ginebra. El otro... *era yo*.

Y, por tanto, yo debía escribir para el público sobre lo sucedido en aquel trágico vuelo. Con todos sus detalles. Después de todo, era el único que podía hacerlo. Eso me reportaría un contrato ventajoso, una buena suma de francos suizos a cuenta... y posiblemente la creación de un *best-seller* internacional.

Ahora que todo lo peor había pasado, era el momento de ir a Zúrich y concertar las condiciones de aquel contrato. Yo mismo había pedido que me dieran un tiempo de margen antes de revivir ante mi máquina de escribir todo el horror de lo recién vivido. Los editores suizos entendieron mis razones, y aceptaron esperar. Ahora, un telegrama había bastado para reanudar mis actividades. Ellos me esperaban en Zúrich aquella misma tarde.

Miré a mi alrededor, a los vivos y alegres tonos naranja y *beige* del interior del vagón de los ferrocarriles suizos. Fuera, la claridad era ya más intensa, y los pueblos helvéticos, salpicando los grandes prados verdes y las pendientes montañosas, iban siendo visibles con mayor detalle, desde la gracia de sus puntiagudos campanarios, hasta el estilo alpino de sus tejados, muros de madera, puertas y ventanas de pequeños relojes de cuco.

Unos ojos que me eran familiares me contemplaron desde el vidrio, en medio de un rostro difícil de identificar. Eran mis ojos. Mi rostro. Era yo.

Bajé los párpados. No sé si para no seguir viéndome o para pensar en cosas que estaban muy distantes en mi recuerdo, aunque cercanas en el tiempo. Las imágenes cambiaron bruscamente para mí. En vez de apacibles lugares helvéticos, en lugar de vacas de manchas marrón y blanco, pastando en los prados verdes, contemplé un avión en llamas, rostros de horror, cuerpos carbonizados, un estallido, sangre humana salpicándolo todo, restos humanos dispersos en un infierno de muerte y de angustia...

Mi corazón volvía a palpar con fuerza. Latían violentamente mis sienes. Respiré hondo y abrí los ojos. La horrible visión se borró de mi mente otra vez.

—*Excusez, monsieur... Le billet, s'il vous plait...*

El interventor, amable y cortés. Se inclinaba hacia mí, pensando quizá que dormitaba. Le tendí el billete. Iba indicado en él todo el trayecto: Génève-Lausanne-Berna-Olten-Zúrich. Lo taladró, devolviéndomelo con un gesto educado, y siguió vagón adelante.

Fue poco después cuando sucedió el primer detalle sorprendente. Justo al abandonar la estación de Lausanne, a las cinco y veinte minutos de la mañana. Algunos viajeros habían subido al vagón, ocupando asientos vacíos hasta entonces.

El viajero del sombrero tirolés verde, acompañado de la joven de pelo castaño, fue el que se fijó repentinamente en mí.

Se quedó mirándome, con cierto sobresalto, apenas se hubo abierto la puerta vidriera ante sí, automáticamente. Le vi abrir mucho sus ojos y oprimir con fuerza el brazo de su joven acompañante. Ambos llevaban maletines planos, de ejecutivo. La joven también fijó su mirada en mí y capté igual sorpresa y desconcierto en su gesto.

—Claude... —creí oírle musitar.

El hombre del sombrero tirolés de fieltro verde movió los labios como si fuese a decir también algo, pero sin duda lo pensó mejor, porque echó a andar, llevando a la muchacha siempre del brazo, y pasó junto a mí sin otra reacción. No obstante, para sorpresa mía, apenas me había rebasado ya, cuando le oí musitar en francés:

—Claude, ¿es que te has vuelto loco, muchacho? Es un disparate...

Dudé si había oído realmente esas palabras. Giré la cabeza. Estaban acomodándose en dos asientos inmediatos, tres hileras a mi espalda. Y esta vez, ninguno de ellos parecía mirarme ni preocuparse por mí.

Sacudí la cabeza, perplejo. Ambos me habían llamado por el mismo nombre: Claude. No entendía por qué. Quizá un parecido físico con alguien... Pero teniendo en cuenta las circunstancias, ¿era eso posible?

Lo cierto es que olvidé pronto el pequeño incidente y cuando miré hacia atrás de nuevo, fue cuando abandonábamos la estación de Olten, a las siete y treinta y un minutos de una mañana tibia y soleada. Ya no estaban ni el hombrecillo del sombrero tirolés ni la bonita chica del cabello castaño.

Puntualmente, el ferrocarril suizo alcanzó la amplia estación de

Zúrich a las ocho menos cuatro minutos. Frente a los diversos andenes de llegada de los ferrocarriles nacionales y de los transalpinos, las dos grandes cafeterías aparecían repletas de público dedicado a desayunar, y había actividad en las largas galerías destinadas a comercios, Banca y cambio de moneda, oficinas ferroviarias y confiterías.

Poco después, me alojaba en el hotel St. Gotthard, dispuesto a descansar unas horas hasta el almuerzo. Más tarde, tendría mi entrevista con mis editores suizos, para la realización del libro donde debía describir el gran desastre aéreo del que había sobrevivido milagrosamente... para ser un hombre virtualmente nuevo.

Nuevo, sí. Porque aquel rostro que contemplaba en el espejo del cuarto de aseo del confortable hotel de la Bahnhofstrasse, no era el mismo que surgiera del desastre aéreo, quemado, desfigurado y horrible. No era tampoco el rostro que yo tuve antes de ese horror inolvidable. No podía serlo.

En realidad, estaba contemplando una cara diferente, desconocida para mí. El rostro que un gran cirujano, el doctor Ferrand, había creado para mí en una clínica cercana a Ginebra.

Un rostro que dos viajeros habían confundido con el de un tal Claude, de quien yo jamás había oído hablar antes de ahora. Una cara desconocida, a la que tendría que irme habituando paulatinamente, ahora que, por fin, me habían despojado de los vendajes que cubrieron mi faz durante más de un mes.

* * *

El segundo incidente tuvo lugar aquella misma noche, en Zúrich.

Fue más grave que el anterior, desde luego. Bastante más, puesto que el posible error de identificación de la pareja de viajeros en el tren Ginebra-Zúrich, apenas si había tenido para mí la menor importancia.

En cambio, en esta ocasión tuvo una trascendencia mucho mayor. Y pudo haberla tenido aún más considerable, de no ocurrir las cosas como ocurrieron.

Fue cuando ya había cenado con mis editores, despidiéndome de ellos y encaminándome, antes de retirarme a descansar al hotel,

a tomar unas copas en un club de Zúrich. Tenía que celebrar la firma del contrato de mi futuro libro, cuyo título provisional figuraba ya en una de las cláusulas de aquel compromiso, gracias al cual reposaba ahora en mi bolsillo el primer cheque bancario, a cobrar en la Unión de Banques Suisses: nada menos que veinticinco mil francos suizos, a cuenta de los derechos totales como autor de mi inmediata obra, *Yo sobreviví a la catástrofe de los magnates del petróleo*.

Todo el mundo sabría lo que el título significaba. Era el más terrible sabotaje de la época. El horrible final de una docena de gigantes de los crudos, reunidos en aquel vuelo con destino a Ginebra, en el que yo figuraba casualmente. Nombres de personalidades americanas y árabes, borrados para siempre del mundo de los vivos, por culpa de un poderoso explosivo a bordo. Por culpa de un misterioso comando de nacionalidad desconocida y de móviles aún no esclarecidos. Luto en muchos países. Y peligro de crisis mundial, en América, Europa y Oriente Medio. Esas eran las más inmediatas consecuencias.

Yo era testigo excepcional de aquel suceso. El único que podía relatar los detalles a bordo, el secuestro del avión, su posterior voladura criminal, el caos y la muerte...

Antes de firmar ese contrato, había sabido que ciertas personas de los Estados Unidos, afines al mundo petrolífero, no estaban muy conformes con mi intención de escribir un libro, y me había dirigido un par de telegramas a la clínica donde me recuperé de mis heridas faciales, solicitándome que no lo escribiera, a cambio de una cantidad razonable de dinero en compensación. Me negué en redondo. Si existían motivos políticos o económicos para que yo no hablase, por ejemplo, de su gigante del petróleo, el difunto Rowland H. Weatherby, me tenían sin cuidado. Yo soy un escritor. Mi trabajo es escribir. Ningún dinero podía compensarme de que ese libro, con las últimas horas de aquellas personas a bordo del Boeing siniestrado, saliera a la calle más pronto o más tarde.

De modo que tanto el ultrapoderoso Rowland H. Weatherby como sus compañeros muertos en el desastre aéreo, serían mencionados en aquella obra mía. Ahora, todo estaba ya en marcha. Mis apuntes de la realidad, cobrarían pronto forma literaria. Se lo había prometido así a mis nuevos editores. Y ahora,

solo iba a celebrar aquello con una copa.

Después de todo, yo no podía saber lo que el destino me reservaba a partir de entonces. Ni siquiera me era dado imaginarlo.

Pero empecé a temerlo seriamente cuando el incidente tuvo lugar en aquel pequeño y tranquilo club nocturno de Zúrich.

Cuando alguien intentó asesinarme.

HABÍA pedido un whisky con hielo, y estaba apurándolo con lentitud, mientras reflexionaba sobre mi ventajoso contrato. A mi alrededor, numerosos clientes charlaban en sus mesas respectivas, en su gran mayoría acompañados de muchachas de la vida nocturna, pero de aspecto discreto y sobrio, que difícilmente hubieran podido ser identificadas como lo que realmente eran. Observé que casi todas eran extranjeras. Había mayoría de latinas, a juzgar por el color de sus cabellos y de su tez. Pero también observé alguna que otra rubia de ojos intensamente azules.

Rechacé a dos de ellas que pretendieron beber en mi mesa. Quería estar solo, meditar sobre muchas cosas. Ahora que había salido de un trance decisivo de mi vida, me sentía tan lleno de dudas como el príncipe de Dinamarca inmortalizado por Shakespeare. Y deseaba salir de ellas. En cierto modo, hallarme a mí mismo. Para ello, necesitaba estar a solas, sin que nadie me apartara de mis pensamientos. Ni siquiera una chica bonita, en un local nocturno de Zúrich.

El hombre enjuto, moreno, con apariencia de yugoslavo, o quizá de italiano del sur, entró en el local cuando yo había pedido mi segundo whisky a la camarera seria y prudente que atendía las mesas, sin aceptar en ningún caso las bromas de sus clientes. Pagué ambas consumiciones, y me puse a agitar el alto vaso, mientras los cubitos de hielo se derretían en el fondo del licor color ámbar.

El hombre moreno me miró al pasar. Tenía grandes ojos oscuros, tristes y pensativos. Pero observé en ellos un raro fulgor de inteligencia y de actividad, que no estaba acorde con ese aire suyo, entre abstraído e indiferente por todo cuanto le rodeaba. Especialmente, llegué a creer que su mirada se fijaba en mí unas décimas de segundo más que en otras personas del local. Podía ser

simplemente una impresión mía, pura imaginación y nada más. Pero mentalmente, tomé nota de ello. Y unos momentos más tarde, tenía ocasión de comprobar que ello era cierto y bien cierto. Por desgracia para mí.

Todo fue muy súbito, totalmente imprevisible. Ni yo ni nadie hubiera podido esperar algo semejante. Lo cierto es que, de súbito, el hombre moreno se volvió, preguntando algo a la camarera. Evidentemente, era una pregunta rutinaria, sobre la situación de los lavabos, sin duda alguna, ya que el gesto de la joven fue elocuente. Él echó a andar en esa dirección. Para ello, tenía que pasar ante mi mesa. Y pasó, por supuesto.

Demasiado tarde, me di cuenta de lo que sucedía. El tipo se detuvo bruscamente ante mí. Me dirigió una mirada fría, y luego actuó con celeridad pasmosa.

Llevó su mano bajo su americana gris, de mezclilla. Cuando emergió, empuñaba una pistola automática, una «Parabellum» alargada en su negro cañón pavonado con un cilindro silenciador. Apuntó hacia mí. Luego, disparó.

De no haberme movido, ahora no estaría escribiendo estos recuerdos de mi increíble aventura en el continente europeo. Estaría, sencillamente, bajo unos palmos de tierra, en mi última morada. Tuve suerte de que entre el momento de apuntar a mi cabeza y el de disparar mediara cosa de medio segundo. Lo suficiente para intentar algo. Y, desde luego, lo intenté.

He sido siempre hombre de rápidos reflejos y de una envidiable agilidad. Físicamente, he procurado estar en forma gracias a mi habitual entrenamiento. Mentalmente, no soy tampoco demasiado lento. A todo ello le debo el seguir con vida.

Cuando vi la «Parabellum» ante mis narices, apuntando a mi cráneo, tuve una indecisión que pudo serme fatal. La sangre se heló, virtualmente, en mis venas. Pero eso, por fortuna, no duró más allá de unas escasas décimas de segundo. Antes de que su dedo apretase el gatillo, disparando el arma silenciosa a bocajarro, yo había entrado ya en acción, movido por mis reflejos y por mi puro instinto de conservación, que es bastante fuerte. Puede decirse que, por segunda vez en muy poco tiempo —la primera fue a bordo del reactor pulverizado en el aire— había librado mi pellejo de su peor destino imaginable.

Me arrojé a un lado, con una celeridad pasmosa incluso para mí mismo, y el proyectil, tras un taponazo seco, seguido de un sonido sibilante, se incrustó en el respaldo de mi asiento, justamente donde poco antes tenía yo apoyada mi cabeza. Hubiese sido un impacto mortal de necesidad.

Aun en medio del murmullo de conversaciones y de la música ambiental, el disparo fue audible. Pero, sobre todo, lo fue el grito agudo de la camarera, consciente de lo que acababa de ocurrir ante sus ojos. Algunos clientes se pusieron en pie, sobresaltados, mirando hacia mí y hacia mi agresor. Otros, sin entender bien lo que sucedía, era a la joven camarera a quien miraban, preguntándose la razón de su repentina palidez y su gesto de terror.

Yo me precipité bajo la mesa, justo a tiempo otra vez. Mi agresor, no contento con su primer disparo, había probado fortuna otra vez. La segunda bala disparada por su silenciosa «Parabellum», arrancó fragmentos de la superficie de la mesa, y desgarró el tapizado del asiento, dejando ver la crin de su relleno. Luego, echó a correr hacia la salida, derribando a dos hombres en su camino.

—¡Es un asesino! —gritó alguien en alemán—. ¡Capturadle!

—¡Ha disparado! —añadió otro—. ¡Cuidado, lleva un arma!

Eso enfrió algo los ánimos de los suizos allí presentes, y no pude culparles por ello, pese a que yo salía ya de debajo de mi improvisado refugio, intentando dar caza a mi agresor.

Era una tarea difícil. Me precipité hacia la salida, en pos suyo, pero fue imposible darle alcance. Se había lanzado a la calle como una centella, derribando a su paso dos mesas y algunos asientos. También tuvo la habilidad suficiente para derribar al portero del local, allá en el exterior, y tropecé con todas esas cosas, pese a mis saltos elásticos para eludir los obstáculos. Alcancé la acera pronto, pero ya solamente fui capaz de escuchar rápidas pisadas alejándose allá, tras la esquina inmediata. Eso no me desanimó. Corrí en ese sentido, poniendo todos mis ímpetus en la carrera, pero cuando doblé la esquina, jadeante, comprendí que era todo lo que podía hacer. El hombre se había alejado de modo definitivo. Un coche deportivo, color gris, zumbaba ruidosamente, y viraba en otra esquina, perdiéndose de vista. Intentar dar caza a un vehículo tan rápido y manejable, hubiera sido tarea tan inútil como ridícula.

Desalentado, regresé al club. En la puerta, varias personas

aguardaban el resultado de mi empeño. Me miraron, inquietos. El portero, a indicaciones de la camarera, llamaba a la policía suiza, utilizando el teléfono de la entrada. Varios me preguntaron si estaba herido, otros, me dijeron si conocía a mi agresor. Respondí negativamente, y miré luego a la joven camarera. Ella entendió mi muda pregunta. Denegó con la cabeza, rápida.

—No —dijo en alemán—. No le conozco. Ese hombre no era un cliente habitual. Que yo recuerde, nunca vino antes por aquí...

Era algo que ya me imaginaba previamente. No valía la pena insistir. Regresé al interior del local. No volví a sentarme. Un *barman* me sirvió un whisky en la barra, estudiándome con fijeza. Su gesto era de indecisión. Yo sacudí la cabeza, estudiando desde aquella distancia los orificios de bala en el asiento.

—Podrían estar ahora en mi cuerpo... —medité en voz alta—. Pero ¿por qué? ¿Por qué, diablos...?

El *barman* no sé si escuchaba mis palabras. Ni siquiera sé si hablaba o entendía el inglés. Pero tampoco creo que hubiera podido darme una respuesta.

* * *

Aquella noche, cerré cuidadosamente la puerta de mi habitación en el hotel St. Gotthard. Puse primero la televisión, pero hacían un horrible programa en color chillón, a base de una absurda opereta cantada en alemán. Lo cerré y abrí el minibar, sirviéndome un whisky con hielo. Conecté la música y me tendí en el lecho, profundamente preocupado.

La policía de Zúrich, pese a su fría eficiencia, no había logrado poner de momento nada en claro. Yo había declarado mi pequeña parte en la historia, apoyado por los testigos del increíble suceso. Me habían llevado luego a la comisaría, y allí les ayudé cuanto me fue posible a hacer una foto robot de mi agresor. Ante el resultado de la prueba, uno de los agentes, comentó:

—Parece un latino. Puede ser español, italiano o yugoslavo. Yo me inclinaría por esta última posibilidad...

El comisario de policía suizo era un hombre gordinflón, saludable y risueño. Sus ojillos astutos me estudiaron con interés, cuando examinó mi pasaporte y recordó, como muchas otras personas lo podían recordar en Suiza, que era el superviviente del

famoso avión saboteado por un terrorista. El nombre del ciudadano británico Brian Corman, había circulado profusamente en el mes anterior, con motivo de aquella tragedia aérea.

—Señor Corman... —había dicho el comisario, mirándome afablemente—. ¿Seguro que no está usted mezclado en asuntos de espionaje internacional o cosa parecida?

—Y tan seguro —le miré con asombro—. ¿Por qué dice eso?

—Señor Corman, usted viajaba a bordo de un avión atacado por un comando terrorista. Ahora, usted es atacado por un criminal, extranjero en Suiza sin duda alguna, sin que sepa o quiera decirnos los motivos de tal agresión... ¿No le parece demasiado casual la repetición de un hecho que ponga en peligro su vida?

Le miré, pensativo. Estuve a punto de decirle que, cuando viajaba en aquel trágico Boeing, era un hombre de rostro radicalmente diferente al de ahora. Pero eso no hubiera servido de mucho. Recordé que mi pasaporte y documentos de identificación seguían a nombre de la misma persona, previo el cambio de fotografía autorizado por mi Embajada en Berna, dadas las circunstancias, y, por tanto, en el registro del hotel era Brian Corman, ciudadano británico, y no otro, quien estaba inscrito.

—Pese a todo, tuvo que ser casual —objeté—. O tratarse de algún error. Yo no tengo nada que ver con espías ni cosa parecida. Mi oficio es escribir. Soy novelista, y me hallo en Zúrich para firmar un contrato con editores de su país, como podrá fácilmente comprobar por la copia que obra en mi poder...

—Todo eso lo sé ya, señor Corman, pero... los espías siempre tienen otro oficio —sonrió irónicamente—. En otro caso, demostrarían tener muy poca imaginación. Dudo mucho que sea tan mal autor como para que alguien quiera volarle la cabeza porque su última novela no le gustase lo suficiente...

Sonreí. Los suizos, pese a lo que alguien me había dicho, también tenían sentido del humor. Pero yo conservaba una parte muy reducida de mi tradicional espíritu británico en ese terreno. Un avión destrozado, un rostro cambiado en el quirófano, un mes de clínica, envuelto en vendas como una momia egipcia, y ahora un extraño atentado con una automática de calibre 38, provista de silenciador, eran como para quitarle a uno la sonrisa de la tradicional flema inglesa para toda la vida.

—Tiene mi palabra de que jamás me mezclé en otra cosa que no fuese mi trabajo —suspiré con tono fatigado—. Ignoro si fue la fatalidad quien me hizo tomar un pasaje en aquel maldito avión. Pero, ciertamente, no se trata de ninguna fatalidad que un desconocido intentara matarme. Es evidente que se debió a un error.

—Extraño error en un posible profesional del crimen, señor Corman... —dudó el policía de Zúrich.

—Estoy de acuerdo con usted. Muy extraño. Es posible que me parezca a alguien. En el tren Ginebra-Zúrich, recuerdo que un viajero me confundió con alguien... Me llamó... Claude. Sí, eso es... Claude. Luego, pareció entender que cometía una equivocación. Y siguió adelante. Eso fue todo.

—Claude, ¿eh? —el comisario, rápido, apuntó algo en su agenda. Luego, cerró esta y alzó los pequeños ojos azules, mirándome pensativo—. Bueno, puede ir a su hotel ahora, señor Corman. No se confíe demasiado. Los errores se repiten a veces. Y no siempre se tiene tanta fortuna como tiene usted hasta el presente... No abra a nadie la puerta. No se fíe de nadie. De todos modos, le vigilaremos mientras permanece en Zúrich. ¿Va a estar aquí mucho tiempo?

—No sé... Pensaba irme mañana o pasado. Posiblemente es lo que haga.

—Bien. Le diré algo si hay novedades al respecto. Buenas noches, señor Corman. Y cierre bien la puerta de su habitación, aunque pondré un agente en el hotel mientras se aloja allí...

Eso había sido todo. Suficiente para un hombre que acaba de salir de un cataclismo como el que yo viviera en el avión. Ahora, pensaba en el hombrecillo del sombrero tirolés verde, acompañado de la muchacha de pelo castaño. Claude... Me había llamado así. ¿Quién era Claude? ¿Tenía algo que ver con el personaje con quien me confundieron en Zúrich?

Me miré en el espejo, al levantarme al lavabo. Aquel rostro...

No tenía queja de él. Era una obra maestra de la cirugía plástica del doctor Ferrand. Un rostro joven, bien parecido, poco expresivo acaso, pero correcto y hasta no exento de un atractivo físico que yo no había tenido antes del accidente aéreo. Pero ¿estaba en ese rostro nuevo la razón del peligroso incidente de aquella noche?

El espejo tampoco daba respuestas. Regresé a la cama y, aunque apagué la luz, no me fue posible conciliar el sueño. Eran demasiadas las preguntas, las dudas, los pensamientos que torturaban mi mente en esos instantes...

Creo que estaba cercano ya el amanecer cuando logré adormilarme ligeramente. Tan ligeramente, que me desperté en el acto al sonar el teléfono en mi mesilla. Me incorporé con sobresalto, y la esfera luminosa de mi reloj digital, me reveló que eran solamente las seis de la mañana. Sorprendido, descolgué.

—¿Sí? —dije, con voz seca.

—¿Señor Corman? —preguntó la voz de una telefonista.

—Yo mismo. ¿Qué sucede?

—No se retire. Es una llamada urgente para usted. De Ginebra...

Enarqué las cejas. Ginebra... ¿Quién diablos me conocía lo suficiente en Ginebra, como para haberme localizado en Zúrich y llamarme a aquel hotel? Perplejo, asentí:

—Está bien. Espero. ¿De quién se trata?

La telefonista del St. Gotthard no me lo dijo. En vez de ello, oí un «clic», y luego una suave voz en inglés, que no me era del todo desconocida:

—Perdone... ¿Señor Corman?

—Soy yo —asentí, algo brusco—. ¿Y usted? ¿Quién, es usted?

—El doctor Jean Ferrand —me informó la voz.

—¡Doctor Ferrand! —me quedé pasmado—. ¡Usted! ¿Cómo diablos supo...?

—Déjeme hablar —me atajó él—. No hay mucho tiempo por delante, créame. Es mi deber hacer esta llamada, no importa lo intempestivo de la hora. Espero sepa perdonarme, pero... su vida peligra en estos momentos. Alguien, en Zúrich o en cualquier otro lugar, puede intentar asesinarle...

—Ya lo intentaron —replicó con aspereza—. Esta misma noche, aquí...

—¡Dios sea loado! —noté su voz, excitada, llena de temor—. ¿Se encuentra bien?

—De milagro, pero estoy bien. Doctor Ferrand, ¿qué significa todo? ¿Qué sabe usted sobre ese intento de asesinato?

—Sería largo, muy largo de contar... —noté que su voz ahora

vacilaba, entre jadeos—. Sepa tan solo que sigue en peligro, que eso puede repetirse de nuevo... Lo siento, Corman, pero todo es culpa mía...

—¿Suya, doctor?

—Sí... Nunca debí hacerlo. Pero tenía miedo, mucho miedo...

—No logro entenderle —confesé abruptamente—. Miedo ¿a qué, a quién? ¿Qué es lo que nunca debió hacer? ¡Por el amor de Dios, hable de una vez!

—Ha ocurrido algo, Corman. Algo que me exige ser sincero con usted, revelarle lo antes posible lo que sucede y... ¡Corman! —su forma de llamarme ahora, fue un grito, casi un ronco alarido, que hizo vibrar el articular telefónico en mi mano.

—Doctor... ¿Qué le ocurre? —me inquieté.

—Corman, son... son ellos... Es tarde. Demasiado tarde para mí...

—¿Ellos? ¿Demasiado tarde? —repetí, hecho un mar de confusiones—. Por el cielo, ¿quiere aclararme ese enredo? No logro entender nada...

—Corman, trate de salvar su vida... Huya... ¡Corman, no puedo decirle más! —su voz se hizo apremiante, excitada—. ¡Es tarde! Mi tiempo se agota... Están ahí ya... ¿Los oye?

Desesperadamente, intenté oír algo. Aquella voz revelaba urgencia, apremio, terror y muchas cosas más. Creo que sí lo oí. Tras su voz, como un telón de fondo sonoro, capté un chasquido, un crujido seco, como de una puerta que se abre... y luego, de repente, lejano pero preciso, un sonido seco, que me empezaba a ser familiar con repentino dramatismo.

Un ahogado, repetido ploc, ploc... que yo había oído antes, en un club de Zúrich. ¡Los disparos de un arma silenciosa!

Junto al micrófono, allá al otro lado de la línea, capté un jadeo, acaso un estertor.

—¡Doctor Ferrand! —chillé, exasperado.

Había sonidos bruscos, choques, jadeos... Luego, su voz: rota, quebrada, casi inaudible:

—Mi amigo... Perdón... por todo... En... Múnich... En Mú... nich... está... la... la... cla...ve...

Un último golpe sordo llegó hasta mí. Traté de llamarle, de

pedir más explicaciones, de saber lo que sucedía allá, en alguna parte de Ginebra a estas horas de la mañana:

—¡Doctor! ¡Doctor Ferrand...! ¡Responda, doctor! ¿Qué sucede? ¡Hable, por Dios, hable...!

Un nuevo roce... Alguien tomaba el teléfono. Me estremecí. Junto al micrófono, alguna persona emitió un sonido sibilante, maligno, como una risita ominosa. Luego, hubo un seco clic. Habían colgado.

Me quedé mirando el teléfono, despavorido. Seguía sintiendo en mis oídos aquel sonido extraño, alucinante, casi irreal. No parecía siquiera una risa humana. Era como un murmullo cruel, como el siseo de un reptil en acecho...

Y, de repente, nada. Ni un ruido, ni una voz. Comunicación cortada. Algo espantoso sucedía en Ginebra. No sabía lo que era, pero pedí a la telefonista:

—Por favor, póngame con la policía de Ginebra. Con la Prefectura, sí. Es urgente.

Unos segundos más tarde, hablaba con la policía ginebrina. Les notifiqué la llamada recibida. Di el nombre del doctor Jean Ferrand. Luego, colgué, dando mi nombre y actual residencia. Era todo lo que podía hacer.

En mi mente, bailaban palabras extrañas, incongruentes, que carecían totalmente de sentido:

«Perdón por todo... En Múnich... está la clave...»

¿Perdón? ¿Por qué? ¿Qué clave había en Múnich? ¿Qué tenía yo que ver con todo eso, si ni siquiera había estado jamás en Múnich?

Volví a mi cama, pensativo. Encendí un cigarrillo, mientras revivía la extraña llamada del doctor Ferrand, el hombre que salvó mi desfigurado rostro. Simultáneamente, pensaba en el hombre moreno de Zúrich, en el intento de asesinato con una pistola silenciada. Una pistola silenciada... como la que había sonado en Ginebra, a través del teléfono del doctor Ferrand...

¿Qué había sucedido al otro extremo del hilo? Tenía mis sospechas sobre ello, pero no deseaba en modo alguno que se confirmaran. Me di cuenta de que estaba asustado. Por primera vez desde que viera caer el avión, envuelto en llamas, con parte de su fuselaje destrozado por la explosión, y a punto de estallar de nuevo

cuando chocara con el suelo, volvía a tener miedo. Un miedo instintivo e irrefrenable ante la proximidad de la muerte, de un peligro cierto y efectivo.

Solo que entonces, todo parecía fruto de la fatalidad, todo era consecuencia del hecho accidental de que yo hubiera tomado pasaje en aquel vuelo precisamente y no en cualquier otro. Mientras que ahora...

Ahora, ¿qué estaba ocurriendo, realmente, en derredor mío?

La noticia de la muerte del doctor Ferrand en Ginebra, víctima de un asesinato, distó mucho de darme la respuesta que esperaba. Pero eso sí, aumentó todavía más el repentino pánico que se había apoderado de mí.

* * *

—Asesinado, sí —el comisario de la policía de Zúrich manejó el telegrama como si fuese un banderín simbólico de alguna cosa que ni él ni yo entendíamos demasiado bien—. ¿No le sorprende?

—Mucho, sí. Pero me lo temía desde que le escuché por teléfono.

—Sí, ya me lo ha contado. Parece que el doctor Ferrand quería decirle algo...

—Esa impresión tuve. Luego, pareció dudar, como si no estuviera seguro de que eso fuese lo mejor que podía hacer. Finalmente, cuando quiso tomar una decisión, ya era tarde. Alguien había entrado donde él estaba. Y oí esos horribles sonidos...

—Disparos con silenciador, señor Corman —asintió despacio el policía—. ¿Fue eso?

—Sí, fue eso. No pude olvidar ese modo de sonar...

—Lo entiendo —me estudió en silencio, con un gesto preocupado en su semblante de aire risueño y saludable—. ¿No tiene idea de lo que está sucediendo?

—Ninguna —sacudí la cabeza con desaliento—. Ese hombre, Jean Ferrand, me facilitó un nuevo rostro, evitó que fuese un monstruo por el resto de mis días, tal como sobreviví entre los restos calcinados del avión, en aquel punto donde el fuselaje me cubrió, protegiéndome de la explosión final, rodeado de cadáveres... Sin él, no sé lo que sería ahora de mí. Y de repente, me

atacan con intención de matarme... y casi simultáneamente, le matan a él en Ginebra... ¿Eso tiene sentido, comisario?

—Por el momento, no —se encogió de hombros—. Sin embargo, tal vez la explicación sea mucho más sencilla de lo que imaginamos. ¿Tiene idea de lo que quiso decir el doctor con esa frase alusiva a Múnich?

—No, en absoluto. Las veces que hablé con él, no mencionó nunca esa ciudad. No parecía tampoco relacionado con Baviera en cosa alguna... ni veo qué conexión pueda eso tener con sus asesinos de Ginebra, conmigo, y con el pistolero moreno del club, aquí en Zúrich.

—Sí, todo es muy confuso. Pero, evidentemente, el doctor Ferrand sabía lo que estaba sucediendo y quería decirle algo concreto. Algo que sus asesinos impidieron que llegase a pronunciar, maldita sea...

Nos mantuvimos en silencio los dos. Luego, recordé lo que él acababa de contarme respecto a la muerte del cirujano en Ginebra.

—¿Le mataron en su propia clínica?

—Sí. Arriba, en sus dependencias privadas. Estaba en pijama y batín. Se había levantado para llamarle a usted, Corman. Quizá temía algo, justamente lo que sucedió. Pero alguien más se había dado cuenta de que él quería hablar... y le silenció para siempre.

—Pero... ¿por qué?

—No lo sé. Tal vez nunca lleguemos a saberlo. El doctor Ferrand era un hombre perfectamente honorable, sin una sombra de sospecha sobre su nombre y su profesión, pero uno nunca puede estar seguro de nada. Estamos investigando ahora al profesor y a su hijo.

—¿Su hijo? —le miré, enarcando las cejas—. No conozco a nadie de su familia. Creí que era un solterón empedernido...

—No. Era viudo. Tiene un hijo, pero ignoramos dónde está ahora. Nos ocupamos de ello en la actualidad. Es nuestro trabajo, Corman. Como el suyo es escribir libros... Supongo que todo esto puede darle materia para una obra interesante.

—Todas las historias necesitan tener un final, comisario, para que el público se sienta atraído por ellas.

—¿No confía en que encontremos ese final lo antes posible?

—No del todo, comisario —moví la cabeza con desaliento, en sentido negativo—. Por el momento, me conformaré con escribir el relato del secuestro aéreo y su posterior tragedia final. Es por lo que estoy en Zúrich, por lo que he firmado un ventajoso contrato. Imagino que será todo lo que mis lectores esperarán de mí. Yo no puedo hacer milagros. Tengo bastante con una odisea, para meterme a escribir sobre otra que no tiene sentido.

—¿Va a quedarse todavía mucho tiempo en Zúrich? —se interesó el policía suizo.

—No, comisario —negué con firmeza—. Empiezo a pensar que este idílico país donde nunca ocurre nada, no resulta demasiado saludable para mí. No quiero ser la causa de que Suiza pierda su proverbial fama de paz y de concordia internacional por culpa mía.

—¿Vuelve a Inglaterra, quizá? —me preguntó, curioso.

—Quizá —me encogí de hombros—. ¿Debo darle cuenta a la policía de mis futuros pasos por el mundo?

—Solo por territorio helvético, señor Corman —sonrió apaciblemente, inclinando la cabeza—. Mera precaución, compéndame. Mientras resida aquí, seremos responsables de su seguridad personal.

—Sí, entiendo —asentí, ceñudo—. Hoy decidiré lo que sea. Se lo haré saber, no lo dude.

—Sí, por favor —suspiró, poniéndose en pie—. Mientras tanto, nada tema. Sigue vigilado muy de cerca, para evitar sorpresas desagradables.

Se ausentó, dejándome sumergido en aquel inquietante mar de dudas en que últimamente me debatía. La horrible sensación de verme envuelto en una sutil tela de araña, iba creciendo en mí por momentos. Nada de todo aquello tenía sentido ni lógica, pero estaba sucediendo. Me sucedía a mí. Era suficiente para sentirme preocupado, temeroso. Pensé de nuevo en el doctor Ferrand, muerto de dos disparos de pistola a bocajarro, en su clínica cercana a Ginebra. Y en el hijo que andaban buscando. Y en muchas otras cosas.

Pese a todo ello, pude dormir unas horas, hasta cerca del anochecer, tras haber colgado de mi puerta el rotulito de «No molesten». Al levantarme, vacié una botella de tónica del minibar de mi habitación, y me aseo, descendiendo al vestíbulo del hotel St.

Gotthard.

—Prepáreme la cuenta para esta noche, por favor —dije al conserje, entregándole la llave—. Me marcho mañana por la mañana, a primera hora.

—Muy bien, señor. Se lo prepararemos todo, a excepción de los posibles extras, cuya nota nos hará el favor de entregarnos a la partida, ¿conforme?

—Conforme —asentí—. Cenaré en La Bouillabaisse del hotel, pero no hará falta que cargue en cuenta esa cena. Pagaré en el restaurante.

Salí a la calle, advirtiéndome que era seguido discretamente por un hombre a pie, y por un automóvil que deambulaba al otro lado de la calzada, cerca de la acera. Sentirse vigilado por la policía podía ser incómodo, pero también seguro. Durante mi cena en el restaurante La Bouillabaisse, dependiente del hotel e instalada en su propio edificio, en la Bahnhofstrasse de Zúrich, observé que otro comensal no muy próximo, me vigilaba con igual discreción y eficiencia. El comisario había tendido un cerco protector en torno mío. Y pareció dar resultado, porque nadie intentó nada contra mí aquella noche.

Al siguiente día, tras otra noche de inquieto sueño, tomé el tren de las nueve y cinco minutos de la mañana, en la estación de Zúrich. Era el convoy de la TEE, el Bavaria número 67.

Mi destino no era Inglaterra, sino Múnich.

—¿Múnich, mi estimado señor Corman?

Levanté la cabeza con sobresalto, cuando apenas si me había acomodado en el compartimento de clase única del convoy de los Transeuropean Expresos.

—¡Usted! —exclamé—. ¿Qué hace aquí?

—Vengo a despedirle, amigo mío —suspiró el policía zuriqués con tono irónico. Echó una ojeada a los folletos de la TEE dispersos sobre los asientos vacíos del compartimento hábil para fumadores donde me había acomodado—. Como veo que sale de viaje...

—Ha sido una idea repentina —me excusé—. Se me ocurrió anoche.

—Lo sé. El hotel me informó. Pero no sabían dónde iba. Al conocer la hora en que se dirigía a la estación, imaginé el resto.

¿Sigue teniendo alergia a los aviones?

—Por el momento, sí. Prefiero tener tierra firme bajo mis pies.

—Tenga cuidado no llegue a tener esa tierra sobre su cuerpo —suspiró el comisario—. ¿Por qué ha elegido Múnich como destino? ¿Va a firmar allí otro contrato editorial?

—Es usted muy gracioso, comisario —arrugué el ceño—. Creo que sabe por qué voy allí.

—Puedo imaginarlo. Por eso le advertí. Claro que he cometido la indiscreción de avisar a mis colegas bávaros sobre su viaje, pero ignoro si la policía múniquesa se dará cuenta de la importancia de ponerle vigilancia por su seguridad personal...

—¿También allí? —me quejé.

—Ya le digo que no lo sé. Los alemanes son muy especiales en ciertas cosas. Pero no creo que les gusten los problemas. Usted, evidentemente, se los llevará, si todo sigue como hasta ahora.

No dije nada. Iba a sonar la hora de partir el tren. El comisario me tendió su mano, disponiéndose a dejar el compartimento. Luego, de pronto, se dio un leve golpe en la frente, como si recordara algo.

—¡Oh, qué torpeza la mía...! —suspiró—. Me olvidaba de entregarle esto. Llegó para usted, minutos después de dejar el hotel. Me tomé la libertad de recogerlo...

Sorprendido, miré lo que llevaba en su mano. Era un sobre cerrado, sin membrete. Escrito a máquina, figuraba mi nombre y el del hotel que me alojara en Zúrich. Observé que estaba herméticamente cerrado. Pero, aun así, al tomarlo de manos del policía suizo, no dudé en manifestarle mis sospechas:

—Supongo que lo ha abierto ya, comisario, y luego se ocupó de cerrarlo cuidadosamente, ¿verdad?

—Supone bien —sus ojos brillaron maliciosos cuando sonrió, agitando su mano—. Buen viaje, señor Corman. Y tenga mucho cuidado. No es usted un policía. Solo un escritor. Dedicarse a detective aficionado, es más peligroso en la vida real que en los libros...

Ya estaba en el corredor cuando le hice una pregunta brusca, sin abrir aún el sobre que me entregara:

—¿Cómo se llama el hijo del doctor Ferrand?

Me miró. Me había entendido perfectamente. Su tono fue irónico al contestar:

—Claude. Claude Ferrand...

Supo que yo también lo entendía. Bajó al andén de la estación de Zúrich. Un minuto más tarde, con cronométrica puntualidad, en convoy se ponía en marcha. Eran las nueve y cinco minutos de la mañana.

Abrí el sobre. Dentro, había una fotografía. Y un texto mecanografiado, sin firma. La carta no fue enviada por correo, sino entregada en propia mano en el hotel, ya que carecía de sello y de matasellos. No llevaba remitente.

Leí el breve texto escrito a máquina:

«El doctor Ferrand me ha pedido le entregue este urgente mensaje, señor Corman.

»Debe perdonarle, si averigua lo que ha sucedido. El doctor tiene miedo por su hijo Claude. No quiso causarle daño. Solo quiere desorientar a alguien.

»Si se ve en apuros, busque en Múnich a una mujer llamada Helga Reickner, masajista de profesión. Ella le ayudará a salvarse de todo peligro.

»He obtenido una fotografía de Claude Ferrand, hijo del doctor. ¿Comprende ahora?

»Un saludo. Viva alerta. Y perdone, una vez más, a un padre asustado.

»Un amigo común de usted y
del doctor Ferrand.»

Era todo. Miré la fotografía. Era en blanco y negro, y no muy buena. Un hombre joven, alto y bien parecido, junto a una muchacha de cabello castaño claro, que no me era del todo desconocida. Habían sido fotografiados con la cascada del lago Lemán como fondo, en el Quai Gustav-Ador de Ginebra.

Ella era la misma muchacha a quien yo vi en el tren Ginebra-Zúrich, en compañía del hombrecillo del sombrero tirolés verde.

Él... era yo mismo.

Mi mismo rostro. Mi propia fotografía. Solo que no era yo, sino Claude Ferrand, el hijo del cirujano.

Un hombre con mi mismo rostro.

YA habían quedado atrás Winterthur y Saint Gallen. Nos aproximábamos a una de las zonas fronterizas, en St. Margarethen. El paisaje era una variedad prodigiosa de verdes prados, bosques, montañas con nieves eternas y pueblecillos alpinos bellísimos, de edificios de madera y puntiagudas torres. Pequeños lugares como Romanshorn, Appenzell, Arisau, desfilaban veloces a ambos lados de las ventanas del expreso suizo de la TEE. Pero yo apenas si prestaba atención a las bellezas pintorescas de los idílicos parajes suizos. Mi mente estaba ocupada en otras cuestiones más graves. Ante mis ojos, eran recuerdos confusos y alarmantes los que enturbiaban la visión de los deliciosos paisajes helvéticos.

Recuerdos de disparos silenciosos, de un rostro moreno e inquietante, de una bella y desconocida muchacha de pelo castaño, de un hombre idéntico a mí, que estaba en alguna parte, y a quien jamás había visto antes de ahora, pero de cuyo rostro, su padre había tenido la osadía de hacer un duplicado exacto: mi propia faz actual, tras la desfiguración terrible en el siniestro aéreo de Ginebra.

Un cirujano habilísimo, intentando salvar de algún peligro a su hijo... ¡creando un sosias idéntico en mi persona, gracias a la magia de su bisturí!

Ese mismo cirujano, muerto a tiros por alguien, cuando pretendía contarme una dramática y oscura verdad...

Y ahora, alguien en Zúrich, informándome en nombre de Ferrand, proporcionándome una fotografía reveladora, de algo que yo había empezado a sospechar ya poco antes, por cuya razón hice mi pregunta al comisario suizo.

Además de todo ello, una mujer en Múnich: una masajista llamada Helga Reickner...

¿Adónde conducía todo eso? ¿A mi salvación definitiva, a la demostración de que yo no era Claude Ferrand, sino el escritor inglés Brian Corman? ¿Al descubrimiento de una verdad siniestra? ¿A nuevos peligros... y acaso a mi propia muerte?

Estaba asustado. Muy asustado. Pero estaba viajando hacia Múnich. En la capital bávara, según el doctor asesinado, estaba la clave. ¿La clave de qué?

El comisario de la policía de Zúrich había dicho algo concreto y preciso, solo unas pocas horas antes:

—Interpretar el papel de detective aficionado, es mucho más peligroso en la vida real que en los libros. Tenga cuidado de no verse con tierra encima en cualquier momento...

Tenía razón. Aquello era demasiado complejo para mí. Tal vez un problema internacional, un oscuro asunto de espionaje y de muerte. Baviera estaba cerca, muy cerca de Austria. Y en Viena, la capital austríaca, el espionaje occidental y el soviético tenían un campo de actividad muy amplio y complejo. No podía olvidar eso. Múnich era una bella ciudad bávara, rica y próspera, sin duda atractiva y encantadora. Pero podía ser también algo más para mí. Y algo peor también. Podía ser mi hermosa y pintoresca tumba. Mi destino final.

—Bueno, a fin de cuentas, estoy viviendo de propina —me dije, encogiéndome de hombros con gesto preocupado—. ¿Qué importa lo que pueda suceder, después de cuanto viví en aquel avión infernal?

Era una filosofía fatalista que no parecía estar muy acorde con un ciudadano sajón, pero así pensaba en esos momentos. En el fondo, me fascinaba el enigma que podía tener su clave en Múnich. Y también estaba deseando que no volvieran a confundirme con Claude Ferrand, cuya vida, sin duda alguna, valía tan poco en estos momentos como lo valía la de su padre cuando me telefoneó de madrugada a Zúrich...

—*Bitte, die Reisepässe.*

Levanté la cabeza, con cierto sobresalto. El uniforme verde del aduanero alemán, aparecía ante mí. Cortés, saludaba al funcionario, solicitando el pasaporte.

—*Hier, bitte* —respondí.

Lo examinó, devolviéndomelo sin objeciones. Antes de salir, se

despidió:

—*Danke schön!*^[1] —y se perdió por el corredor, en dirección a otro compartimento.

Habíamos parado en St. Margrethen, para reemprender la marcha hacia Bregenz, frente a cuya bella plazoleta se hallaba el andén ferroviario, permitiendo al viajero descubrir un frontispicio de mosaicos policromos, sobre la fachada del edificio de columnas destinado al Ayuntamiento. La religiosidad bávara empezaba a mostrarse así, en motivos y agrupaciones bíblicas como la de aquel edificio de Bregenz, localidad de la que partió el expreso de la TEE a las once menos doce minutos exactamente de aquella tibia mañana soleada.

Nos íbamos aproximando paulatinamente a Múnich. Quizá al punto vital de mi futuro destino en Europa. Sentía cierta somnolencia, pero no quería dormirme en el tren. Viajaba solo en el compartimento, y temía que mi sueño pudiera servirle a alguien para llegar hasta mí y asesinarme impunemente.

De pronto, me erguí bruscamente, la mirada fija en el corredor. En un compartimento vecino, estaba entrando un nuevo viajero. El funcionario de aduanas solicitaba ahora su pasaporte. Era una mujer, con pantalón tejano azul y camisa gris, a rayas. Su rostro y su cabello color miel oscura, me resultaron conocidos, pese a que solo la había visto antes en una ocasión.

Me incorporé. Abrí la puerta del compartimento y salí al corredor. La miré. Ella terminaba el trámite aduanero y se disponía a acomodarse, situando una liviana maleta roja sobre la red. Se quedó mirándome fijamente. Observé su sobresalto, su inseguridad. Se puso ligeramente pálida. Sonreí con frialdad.

—No, esta vez no hay error —dije con voz ronca—. Soy Claude.

Era una locura, pero podía resultar. Y resultó. Rápidamente, cambió de idea, bajo la mirada curiosa de un anciano matrimonio alemán, que viajaba en el compartimento elegido. Recuperó su maletín y vino rápidamente hacia mí, empujándome al interior del compartimento que yo ocupaba, entrando ella conmigo, y cerrando tras de sí la puerta corrediza.

—¡Claude! —habló con voz tensa, en un francés rápido y preciso—. ¿Te has vuelto loco? ¡Es un disparate! ¡No debes ir a Múnich por nada del mundo, y menos en tren, donde cualquiera

puede verte!

—El tren es preferible —seguí diciendo con voz ronca—. Todo el mundo va hoy en día en avión... Perdona esta voz mía. Creo que sufro un resfriado más fuerte de lo que pensé.

—Claude, no puedes seguir ocultándote de modo constante. No es vivir. Yo que tú, recurriría a la policía, terminaría por revelarlo todo... ¡Puede ser tu salvación!

—Mi salvación... —repetí, mientras la estudiaba, pensativo—. No sé...

—Esa gente te matará en Múnich, estoy segura —gimió ella, mirando apurada al pasillo cuando pasaron por él dos hombres con gabardinas clara, que iban charlando en alemán de sus cosas y no nos hicieron caso alguno—. No puedes luchar solo, contra todos...

—Debo intentarlo —no sabía cómo podía resultar aquella treta, pero intentaba seguirle la corriente sin comprometerme con frases peligrosas—. Estoy harto de todo...

—Lo comprendo —me miró, compasiva—. Después de... de lo de tu padre... Oh, Claude, vi en el tren de Ginebra a... a tu «doble»... Esa idea no podía resultar. Ellos son demasiado listos para caer en la trampa... ¿Vas a ir a la Fundación tal vez?

—No sé —me evadí—. En realidad, no sé aún lo que haré en Múnich...

—Te veo muy confuso, muy inseguro, Claude —se alarmó ella. Me contempló con gesto temeroso. Luego, bruscamente, hurgó en su pantalón. Sacó una tarjeta de visita que puso en mi mano—. Si te ves en apuros, ve a esa dirección. Yo estaré allí, mientras permanezca en Múnich. He dado esquinazo a Franz... Iba conmigo en ese tren de Ginebra... Él se dio cuenta antes que yo de que no eras tú quien viajaba allí, sino ese inglés operado de tu padre... No sé, no me fío de Franz. Hay algo en él que no está claro del todo... Lo cierto es que no tengo fe en nadie. Estoy asustada, la verdad...

—Yo también —confesé—. Pero hay que luchar...

Ella me miró, como si se sorprendiera de la repentina agresividad de su amigo Claude. Pero tal vez pensó que las cosas habían ido lo suficientemente lejos como para justificar esa virulencia inesperada. Yo me preguntaba cómo se llamaría ella, cuando tuve una idea. Me puse en pie, como desperezándome, miré por la ventanilla al exterior, pero clavando mis ojos en la tarjeta

que colgaba del asa de su rojo maletín. Leí claramente el nombre:

DENISE GERARD GENEVE

—¿Dónde vas a alojarte en Múnich? —preguntó—. Yo me quedo en Kempten. Tomaré allí el tren de las doce treinta al Tirol. Me gustaría saber adónde poderte llamar, en caso de emergencia...

—Creo que iré al Bayerischer Hof —me encogí de hombros—. Si no estuviera allí, dejaré mis señas por si llamas tú. ¿Conforme, Denise?

—Claro, Claude. Me gustaría ir contigo, pero sabes que tengo cosas que hacer en Reutte, allá en el Tirol. Será mejor así. Si puedo, me reuniré contigo en Múnich, pero no es seguro. Cuídate mucho.

E, impulsivamente, se inclinó sobre mí y me besó en los labios. No supe si responderle con mucho calor. Ignoraba la relación exacta entre Claude Ferrand y Denise Gerard. Pero la retuve un momento, y le devolví el beso, oprimiendo suavemente sus labios con los míos. Me contempló con cierta sorpresa, sonriendo cálidamente.

—Claude... —murmuró—. No hagas las cosas más difíciles. Sabes lo que siento por ti. Pero Charles existe, y eso no podemos cambiarlo. Después de todo, es mi marido...

Iba averiguando cosas sobre la bonita chica del tren. Muchas cosas. La ambigua relación Claude-Denise tenía sus motivos. Había un Charles Gerard en alguna parte, acaso en Reutte o Tirol, adonde ella iba ahora.

En Kempten, la estación penúltima del recorrido ferroviario, a ciento treinta y un kilómetros de Múnich, se bajó ella, para su enlace ferroviario. Se despidió con un beso mucho más intenso y duradero que el anterior. Se lo devolví con igual fuerza, sintiendo entre mis brazos un cuerpo femenino prieto, juvenil, vibrante, que excitaba mis sentidos fácilmente. La solté, sintiéndome un poco culpable. Yo no era el hombre que ella creía. Era un falsario, aunque no fuese mía toda la culpa. Además, ella tenía un esposo esperándola en alguna parte.

Cuando nos separamos, se quedó mirándome, tomó su maleta, respiró hondo y echó a correr hacia la portezuela del vagón, antes

de que partiese el convoy de Kempten. La última vez que la vi, agitaba su mano en la estación bávara, flanqueada por los grandes bosques de la región, donde el sol ni siquiera puede penetrar entre sus altísimos troncos, a través de una espesura selvática, como un dosel frondoso de hojarasca que dejaba en sombras sus laberintos boscosos. Algún que otro gato, paradójicamente, como si fuese un animal salvaje, deambulaba por sus límites, mirando con ojos llenos de curiosidad o de indiferencia al ferrocarril transeuropeo.

Aquella cabellera suave, color miel oscura, como sus ojos grandes y serenos, quedó en mi memoria, así como su rostro ávido, entre preocupado y sensual. Sentí cierta envidia por Charles Gerard. Y por Claude, incluso, aunque no parecía un hombre digno de envidia ciertamente, a la vista de los acontecimientos que discurrían en torno suyo.

El tren emprendió su última etapa hacia Múnich, eran las doce y pocos minutos del mediodía. El sol no lograba derretir la escarcha de los márgenes de la vía férrea. Ni tampoco la nieve de las montañas azules, allá en el horizonte, como fondo de bosques gigantescos y bellos pueblecillos bávaros.

A la una y media de la tarde, tenía su llegada a Múnich el tren de la TEE. Llegó con la puntualidad acostumbrada a la Hauptbahnhof muniquesa. Suizos y alemanes gustan de rivalizar en puntualidad y precisión. Yo les concedería empate. Es el resultado justo.

Pisé el andén, encaminándome a la salida de la amplia estación ferroviaria. No capté sonido alguno, lo confieso. Pero noté el zumbido junto a mi rostro. Y el roce ardiente en mi patilla y mi sien.

Caí de rodillas, tras un tambaleo. Perdí el maletín, y unos jóvenes bávaros se precipitaron hacia mí, entre alarmados y sorprendidos.

—¿Qué le sucede? —preguntó uno en alemán.

—¿Está enfermo? —indagó otro.

—¡Mirad! ¡Está sangrando! —exclamó un tercero, asombrado.

Era cierto. Retiré mis dedos de los cabellos, entre mi oreja y mi sien izquierdas. Era sangre, en efecto, lo que los empapaba. Corría por mi rostro, sin motivo aparente. Miré tras de mí. La ventanilla de un vagón del transeuropeo, aparecía agujereada con un limpio

orificio, bordeado por la telaraña de estrías producida por el impacto de un proyectil en aquel grueso vidrio.

La misma bala que rozó mi cuero cabelludo y mi pómulo izquierdo. Un milímetro más a la derecha, y me hubiera atravesado rostro y cabeza fatalmente. Un disparo hecho en silencio desde alguna parte. La bienvenida a Múnich.

—No... no es nada —murmuré, dominando mi debilidad súbita, y notando el candente dolor de mi piel—. Por favor, nada de particular, gracias... Me había golpeado antes, y no le di importancia. Eso es todo...

—Sí, caballeros, por favor —dijo la voz fría y segura—. Eso es todo. Dejen a ese joven. Yo le vi caer antes. Fue un leve golpe. Gracias. Yo me ocuparé de él. Soy médico...

Los jóvenes bávaros asintieron, marchándose andén abajo. Miré perplejo al hombre de cabello canoso, gabardina oscura y sombrero de fieltro marrón, inclinado sobre mí. Su rostro era enérgico y anguloso. Tenía ojos azul grises, penetrantes y astutos. Sonreía con amabilidad.

—¿Médico? —dudé, mirándole, mientras me recuperaba con un resoplido—. ¿Cómo pudo verme caer? Yo no le vi a usted...

—Claro. Porque nunca se ha caído —suspiró, mirando en torno. Vi allá a lo lejos, a unos policías bávaros, de verde uniforme, moviéndose rápidos por el andén—. Supongo lo que sucedió. Mis hombres buscan al autor del disparo...

—¿Policía?

—Gerd Dietrich, de la Policía de Munchen —asintió gravemente, nombrando su ciudad por su nombre original—. A su disposición, señor Corman.

—De modo que me esperaban...

—Por lo que veo, no solo nosotros... —sonrió más ampliamente con su boca, pero no con los ojos, que reflejaban gravedad—. ¿Esperaba algo así a su llegada?

—Estoy habituándome a esperar lo peor —miré en torno mío, a la amplitud de los andenes bajo la alta bóveda de la estación, a las amplias salidas a Bahnhof Platz y a Bayer Strassen. Todo parecía normal, salvo la rara actividad de los agentes uniformados de la policía muniquesa. Me pregunté dónde se ocultarían un arma y un

asesino—. ¿Le ha contado acaso el comisario de Zúrich...?

—Todo. O casi todo —me contempló, reflexivo—. Tenemos una fotografía de Claude Ferrand. No sé cómo pudo lograrlo su padre, pero le hizo exacto a él. Supongo que eso no es ahora ninguna ventaja para usted...

—Supone bien —me dejé aplicar un adhesivo curativo por él, mientras caminábamos rápidamente hacia la salida, sin duda para hacerme una curación más eficaz—. Esta vez, casi aciertan...

—Quizá el arma esté ya arrojada en algún cubo de desperdicios o en el depósito de cualquier lavabo de la estación —me refirió el policía por el camino—. Pero buscaremos arma y culpable, esté seguro.

—No lo dudo. Pero tal vez haya más de un arma en Múnich. Y más de un asesino...

—Sí, es muy posible —asintió, ceñudo, llevándome tomado por el brazo.

—Pero ¿qué es lo que ocurre, *herr* Dietrich? —pregunté.

—No lo sabemos —confesó sinceramente el bávaro—. El doctor Ferrand estaba metido en algo muy serio. Lo sabemos nosotros y lo sabía la policía suiza. Viajaba con frecuencia entre Ginebra y Múnich. Estaba becado por la Fundación Klassenstor.

—La Fundación... —repetí, evocando de pronto una enigmática frase pronunciada en el tren por Denise Gerard: «¿Vas a ir a la Fundación, tal vez?» Quise saber—: ¿Qué clase de Fundación es esa?

—Klassenstor fue un benefactor de la ciencia. Su sobrino Konrad dirige la Fundación que él creó en esta ciudad. Grandes cirujanos, biólogos, físicos y químicos han sido becados allí. Muchos de ellos obtuvieron el Nobel o estuvieron a punto de alcanzarlo.

—Entiendo —pero la verdad es que no entendía mucho—. ¿Y qué hay del doctor Ferrand?

—Estaba mezclado en algo feo, podría jurarlo. De alta categoría, eso sí. Su hijo Claude, también. De repente, algo falló en Claude. Creo que quiso denunciarnos algo, pero desapareció, tras sufrir un atentado mortal que estuvo a punto de surtir efecto. Ya no hemos sabido nada de él. Está asustado... o muerto, no sé. Su padre fue asesinado por las mismas causas. El asunto que sea, tiene su

radicación aquí, en Múnich. Quisiéramos saber lo que es. Pero todo está muy poco claro.

—¿Espionaje?

—Podría ser. Pero no lo creo. Hay un agente soviético de alta clase aquí. Se trata de Ivan Lenov. Aparentemente, es agente comercial de la Importación Soviética de Alimentación, pero sabemos que su profesión es la de espía de la KGB. Sin embargo, tengo la impresión de que está tan desconcertado como nosotros en el caso de los Ferrand y de sus actividades.

—¿Tienen algo que ver los rusos en el caso Ferrand?

—Podrían tenerlo. Claude perteneció al Partido Comunista y estuvo en Moscú dos años. La KGB está interesada en él. Pero sospecho que esto se aparta del mero asunto político.

—Y yo tuve que verme metido en ello... —me quejé amargamente.

—Sí, es una pena —me observó atentamente—. Podría pasar por Claude Ferrand sin problemas. El doctor hizo algo portentoso con su rostro, sin duda para salvar a su hijo de peligros inmediatos y confundir a los que le persiguen. Luego, quizá se arrepintió, y quiso advertirle. Pero era tarde. Le liquidaron, como acaso han hecho ya con Claude, Pero si fuese así, no atentarían contra usted. De modo que eso me da motivos para suponer que él sigue con vida.

—Usted parece saber muchas cosas, *herr* Dietrich —suspiré—. ¿Qué sabe de una bonita chica llamada Denise Gerard?

Me miró de soslayo, enarcando sus canosas cejas. Sonrió luego, significativo.

—Una bonita dama. Francesa, residente en Ginebra. Casada con Charles Gerard. Él trabaja en el Tirol, como profesor de deportes de nieve. Ella tiene amistad con Claude Ferrand. Fue enfermera de la clínica del doctor Ferrand, hace algún tiempo. También ha venido frecuentemente a Múnich. Oh, curiosamente tuvo una beca de tercera fila de la Fundación Klassenstor, para practicar como asistente sanitaria de hospitales. Sé que ha viajado con usted en ese tren, hasta Kempten. ¿Se hizo pasar por Claude, señor Corman?

—Sí, pero no abusé de mi engaño —reí entre dientes—. Solo quería saber algo más de ella y de Claude...

—Lo entiendo muy bien. ¿Por qué se sigue metiendo en esto hasta el cuello? Es cosa nuestra, no suya.

—Sigo en peligro. Dos veces intentaron matarme. Mientras el verdadero Claude no aparezca, seguiré con la muerte sobre mi cabeza. No me gusta eso. Quiero la verdad, al precio que sea.

—Impulsos británicos —sonrió, asintiendo—. Sí, es muy humano. Pero ya ve que no elude con eso el riesgo. Más bien lo provoca...

—Si en Múnich está la clave, quiero encontrarla.

—Su tarea es escribir intrigas, no protagonizarlas, señor Corman.

—¿Por qué no les cuenta eso a los que disparan corita mí? Dudo que le escuchasen.

—¿Le gusta el papel de detective aficionado? Abunda en la literatura anglosajona, pero rara vez resulta en la realidad.

—Ya me dijeron algo así en Zúrich. Pese a ello, insisto en defender mi vida a mi manera. Empiezo a cansarme de servir de blanco a la gente.

—Múnich es una ciudad acogedora y cordial. Pero podría ser su tumba. Ya ha visto que no todo el mundo le recibe con los brazos abiertos...

Estábamos ya en la Bahnhof Platz. Subimos a un coche particular que conducía el comisario Gerd Dietrich. Me miró, como esperando instrucciones. Le indiqué el hotel adonde me dirigía. No necesitaba asistencia médica ya. Asintió, poniendo en marcha el vehículo por las amplias y limpias calles de Múnich, en dirección a Promenade Platz, a espaldas de la catedral, donde se alza el edificio blanco y señorial del hotel Bayerischer Hof, en el Palacio Montgelas.

Es un hotel antiguo y confortable, aunque sin comodidades excesivamente modernas. Ni televisión ni hilo musical en las habitaciones. Pero el sitio tiene encanto, y el servicio es impecable, aunque a veces no demasiado rápido. Me dieron una habitación en el piso quinto. Largos corredores, habitaciones amplias, grandes cuartos de baño y muebles antiguos, con ventanales asomados en su gran mayoría al rectangular patio interior, con las cúpulas en forma de cebolla de las torres de la Munchner Frauenkirche, o catedral de Nuestra Señora de Múnich.

Herr Dietrich me dejó allí, tras estrechar cordialmente mi mano y dejarme su tarjeta, con su número de teléfono particular y oficial, para cualquier cuestión de emergencia. Eso me hizo recordar algo. Y apenas me hallé a solas en mi habitación, busqué otra tarjeta, la que Denise Gerard me entregara en el tren de Zúrich a Múnich.

Me llevé una gran sorpresa al leer el nombre allí escrito:

Helga Reickner
Masajista
Liebig Strassen, 62
Tel. 16 10 40
Manchen

Era el mismo nombre que el misterioso amigo de Zúrich citara en su misiva, junto a la fotografía de Claude con Denise. Otra vez la masajista muniquesa en aquel juego...

Por pura curiosidad, pedí línea a la telefonista del hotel, marcando el número allí indicado. Esperé, tras cuatro o cinco señales de llamada. Una suave voz femenina me habló en alemán al descolgar:

—Sauna Eros —me dijo con dulzura—. ¿Quién llama, por favor?

Empecé a entender. Era una condición de masajista muy especial: Sauna Eros era su nombre. Lo decía casi todo. Los «masajes» de aquel negocio no eran propiamente lo que uno pudiera suponer. Se trataba de uno de esos establecimientos destinados a practicar una forma de erotismo. Si Helga Reickner era lo que imaginaba, su profesión real tenía un nombre infinitamente más claro y más antiguo que el de «masajista».

—¿Está Helga? —pregunté—. Helga Reickner, quiero decir.

—Un momento. Miraré a ver si está. No es hora de servicios, señor... ¿Quién la llama?

—Dígale que un amigo de Ginebra. Creo que entenderá.

Hubo un silencio largo. Luego, una voz grave, profunda, sonó al otro extremo del hilo. Era la voz de una mujer culta, seria, quizá desconfiada. Tenía un tono sedoso que casi producía relajamiento. Como «masajista», debía resultar insuperable.

—¿Sí? —dijo—. Yo soy Helga Reickner. ¿Quién dijo que

llamaba?

—Un amigo de Ginebra —repetí.

—¿Qué clase de amigo?

—Amigo del doctor Ferrand. Y suyo, tal vez, Helga. ¿Lo entiende ahora?

—Quizá. Pero me gusta saber nombres.

—Brian Corman. ¿Le dice algo?

—Tal vez —su tono era siempre evasivo, sin querer comprometerse en nada—. ¿Necesita algo?

—Posiblemente. Acabo de llegar a Múnich. Me dispararon en la estación. Tengo un corte en el rostro, un arañazo de bala. Pudieron haberme matado. Pero tuve suerte.

—Le felicito. Venga por aquí esta tarde. A partir de las siete y media. Le estaré esperando. Pida por el consultorio número cuatro. Allí me tendrá.

—Sí, gracias —asentí—. A las siete y media en punto estaré allí. No tema por el tiempo perdido. Pagaré el servicio.

—No es absolutamente necesario. Pero será preferible. Eso evitará suspicacias. No falte, Corman. Si está nervioso, aquí conocerá el relax, esté seguro.

Colgué, asintiendo. No sé por qué, estaba realmente seguro de eso. Permanecí acostado, fumando un cigarrillo. Cuando sentí apetito bajé a la Parrilla del hotel, tras cambiar el pequeño apósito de mi herida. La cocina alemana no es uno de mis fuertes, pero debo reconocer que el menú del Bayerischer era bastante variado y aceptable. Además, el vino era excelente. Tirolés rosado, según rezaba en la etiqueta. Luego, salí a dar un paseo por Múnich. Tuve que cambiar moneda cerca del hotel, en el Bayerischer Vereinsbank.

Caminé a lo largo de Maffeistrassen, viendo desfilar sobre sus vías los azules y peculiares tranvías de la bella ciudad bávara, por calles recoletas, pulcras y sobrias, salpicadas de jardincillos y con la nota cromática de las fachadas bávaras, algunas con vivo tono verde, suaves azules o sorprendentes rosados, bajo los tejados de pizarra. La gente era cordial y silenciosa, había músicos callejeros, requiriendo la caridad pública a cambio de unas notas de violín, guitarra o clarinete, y típicos aldeanos bávaros de trajes verdes,

abotonados de plata, barbas blancas y rizosas, y rostros rubicundos. El aire era limpio, diáfano, como cristal impoluto. Resultaba extraño imaginar un peligro de muerte, una amenaza siniestra, en una ciudad tan bella y tan aséptica. Y sin embargo...

Sin darme apenas cuenta, llegué a la más famosa cervecería de Múnich, de todo Baviera, de Alemania toda... y posiblemente del mundo entero. La increíble y pintoresca Hofbrauhaus de la propia Hofbrauhaus am Platz, en la zona más típica de Múnich. Bajo los porches arqueados, los tenderetes de *souvenirs*, y luego las vidrieras de acceso a la amplia sala alargada, de largos bancos, de plataforma para la banda bávara que interpreta aires populares de Baviera, de enormes jarras de un litro de cerveza, bien de cristal o de barro gris con las siglas HB, que dan fama a su insuperable cerveza, dorada, espumosa, fresca y apetecible. Olor a cerveza, rostros rubicundos, mocetones de sonrisa fácil y fuertes pechos, empuñando hasta cinco y seis grandes jarras ¡en una sola mano!

Y arriba, en la alta bóveda de la cervecería, el recuerdo insólito: una bala disparada por el Führer Adolf Hitler, en una ocasión. A un extremo, el jardín con mesas al aire libre y los montacargas con sus barriles de cerveza, incansablemente subidos para llenar los envases pedidos por la clientela. Un hombre saludable, de rojas mejillas y ojillos maliciosos, con delantal verde y negro, sube barriles y bebe jarras. En las mesas, se ríe, se canta, se bebe. Es la Hofbrauhaus. Única en el mundo. Al otro lado, si se quiere, el *self-service*: salchichas, puré de patata, pan moreno del país...

Y cerveza. Siempre cerveza. La mejor cerveza del mundo.

Cuando volví a la calle, salpicada de clubs nocturnos, burlesques y vecinas *sex-shops* ricas en *magazines* porno y en muñecas hinchables, ya oscurecía sobre la ciudad bávara. Del interior de la cervecería HB, surgían notas de una polka típica, coreada por muchos consumidores de dorado néctar espumoso. Sonreí, sacudiendo la cabeza. Casi había llegado a olvidar que era allí algo más que un turista.

Una simple ojeada a un plano urbano, me mostró dónde estaba Liebig Strassen, camino del río Isar y la ribereña Widenmayer Strassen. Me encaminé hacia allá por mi propio pie. Los taxis de Múnich son «Mercedes Benz», color crema claro en su mayoría, pero había distancias en Múnich que no necesitaban de tales

medios de transporte. Esta era una de ellas.

Llegué a Liebig Strassen, esquina a Dettingen Strasse. Allí estaba la Sauna Eros. Me detuve ante el edificio, sorprendido. No por la sauna en sí, sino por el edificio que vi frente por frente a la misma.

Era una casa de varios pisos, moderna, encristalada, con la fachada pintada de un verde intenso. Un gran rótulo con letras doradas indicaba de qué se trataba:

FUNDACIÓN KLANSENSTOR

Una auténtica sorpresa. Estaba aún recuperándome de ella, la mirada fija en el edificio verde de grandes vidrieras y puertas de recia madera claveteada, cuando el objeto metálico, frío y rígido, se clavó en mis costillas.

—Un movimiento, y es hombre muerto —silabeó una voz junto a mi oído—. Vamos, suba al coche. Y no intente nada raro. No dudaré en matarle, esté seguro.

* * *

Las cosas se iban poniendo cada vez más difíciles para mí. Tras los atentados, esto. Parecía un secuestro, con todas las de la ley. Miré el coche negro, un «Mercedes» situado junto al bordillo. Nadie transitaba ante mí. Un par de viejecitas canosas y bien vestidas, aguardaban un tranvía en una cercana parada. Pero ni soñar en que se dieran cuenta de nada. Además, ¿qué podían hacer, en todo caso?

—¿Qué es esto? —indagué—. ¿Un rapto?

—Llámelo como quiera. Pero deje de hablar y obedezca —sonó la voz, en correcto francés, aunque con un duro acento germano—. El arma está provista de silenciador. Nadie advertirá nada si disparo. Tardarán mucho tiempo en hallar su cuerpo sin vida...

—Tarden o no, de poco me servirá —comenté ceñudo—. Pero en otras ocasiones dispararon sin previo aviso. ¿Por qué proceden ahora a secuestrarme y no a disparar?

—Son órdenes, amigo. Me limito a obedecer. Pero si no puedo hacer las cosas como me piden, las hago a mi modo. ¿Qué prefiere?

—Está bien —suspiré—. No me da mucho donde elegir. Mientras hay vida...

—Buen chico —ponderó la ronca voz junto a mi oído. La presión del arma sobre mi espalda aumentó considerablemente—. Vamos, suba.

Había un tipo sombrío, inclinado sobre el volante. Yo subiría atrás, con mi captor. Alrededor nuestro, Múnich era un apacible lugar en el anochecer, y nada más. Un reloj cercano marcó las siete y media en alguna de las bellas torres de la ciudad, con tañidos melódicos y solemnes. Múnich es una ciudad llena de iglesias de gran belleza, particularmente originales en su estructura y en sus relojes. Pero eso, ahora, me tenía a mí perfectamente sin cuidado.

Avancé hacia el «Mercedes» negro que me esperaba. Quizá fuese cierto que existía una esperanza mientras durase la vida, pero mis actuales esperanzas eran muy leves, por desgracia para mí. Estaba asustado, eso es lo cierto.

Llegué ante el coche oscuro. Pensé en hacer algo desesperado. Otra presión del arma me convenció de que ese era el mejor modo de aspirar a que Múnich fuese mi cementerio. Y la idea no me resultaba atractiva.

—Al diablo con todo eso —masculé entre dientes, entrando en el coche sin intentar nada—. Están todos ustedes equivocados conmigo. Yo no soy Claude Ferrand.

—Oh, claro que no. Ni yo soy el ratón Mickey —sonó la voz, sarcástica—. Siéntese ahí y no diga tonterías. Tengo su fotografía, señor Ferrand. Sé lo que hago. Nunca he confundido a nadie en mi trabajo, desde que me dedico a él.

Era inútil discutir esa cuestión. El tipo estaba seguro de lo que hacía. Solo me era posible aceptar la situación, y esperar que alguien pudiera razonar mejor que él. Lo cierto es que no albergaba demasiadas ilusiones al respecto.

Cerró la portezuela del «Mercedes», e hizo un gesto al conductor. Este le miró por el retrovisor, asintiendo. Era un alemán de rostro ancho, ojos claros y cabello castaño, salpicado de canas. Parecía tan fuerte como un luchador de judo del peso pesado. El coche arrancó, encaminándose por las calles de Múnich, hacia la parte alta. Recordando el plano de la ciudad, supuse que buscaba Prinzregenten Strassen, cerca de Englischen Garten.

Miré de soslayo a mi captor, que tenía aspecto de pocos amigos. Aun así, traté de ser sociable:

—¿Piensan asesinarme esta misma noche? —pregunté con ingenuidad.

—Oh, usted me irrita —se disgustó él, mientras su negra pistola pavonada, provista de tubo silenciador, continuaba apretada contra mi costado, cruzado él de brazos en el asiento confortable del vehículo—. ¿Por qué no se calla de una vez, Ferrand?

—Ya le dije que no soy Ferrand. Soy Brian Corman, inglés, y me operó el doctor Ferrand, dándome el rostro de su hijo, no sé por qué motivos. Puede ver mi pasaporte. Lo llevo en el bolsillo. Eso le probará la verdad de mis palabras.

Me miró con enfado. Luego, curiosamente, buscó el documento. Lo hojeó con una sola mano. Parecía algo perplejo al reintegrarlo a mi bolsillo. Se encogió de hombros.

—Trucos —dijo escuetamente—. Hay trucos así. No puede engañar a nadie, Ferrand. Mucha gente le conoce. Yo tengo su fotografía. Hecha en Ginebra, en su fotógrafo habitual. No hay engaño posible, amigo. Pierde su tiempo con trucos así.

Lo suponía. No había remedio. Era un tipo particularmente obtuso. La clase de gente que solo sabe usar un arma y obedecer instrucciones de un cierto tipo. Si le decían que me cosiera a balazos, lo haría sin una sola vacilación.

Permanecimos silenciosos un tiempo, mientras el automóvil se alejaba más y más, en tanto oscurecía de modo total. La perfecta iluminación callejera de Múnich, nos rodeaba tras las ventanillas. El «Mercedes» rodaba a buena marcha, pero sin excesivas prisas.

En un determinado punto, se detuvo ante un semáforo en rojo. Miré de soslayo por la ventanilla. Tras de nosotros, un coche patrulla de la policía múniquesa, estaba situándose en la hilera de vehículos detenidos por fuerza. Mi captor lo vio también por la ventanilla trasera.

Iba a decir algo al respecto, quizá incluso a vigilarme más estrechamente. Pero no le di tiempo. Tuve la impresión de que lo que pudiera hacer, sería ahora... o nunca. Y fue ahora.

Sabía que me jugaba la vida. Pero tampoco eso podía detenerme. En estos momentos, era posible que mi vida no valiera ni siquiera un marco. De modo que me lo jugué todo a una sola carta. No podía hacer otra cosa.

Había puesto disimuladamente mi mano junto a la manecilla de

la puerta. Me bastó darle un impulso brusco. Cedió, y se abrió la portezuela. Sorprendí a mi captor, a quien desvié el arma con un brutal codazo de mi brazo derecho. Elevé su mano armada. Sonó un áspero plop, harto conocido ya para mí, dentro del vehículo. Una bala silenciosa agujereó la capota del «Mercedes».

—¡Maldito! —aulló—. ¡Quieto o...!

No me iba a estar quieto. Caí a la calzada, rodando sobre mí mismo, entre otros vehículos detenidos ante el cruce. Luego, me incorporé, corriendo agazapado hacia el coche patrulla, al que me asomé frenético, señalando al «Mercedes» negro que acababa de abandonar con grave riesgo:

—¡Ese coche! —grité en alemán—, ¡Me llevaban a la fuerza! ¡Van armados! ¡Son criminales! ¡El comisario Gerd Dietrich me conoce!

Dos agentes uniformados me miraron con asombro. Luego, uno de ellos hizo sonar la sirena, y el otro empuñó su arma, saltando fuera del vehículo. El «Mercedes» negro arrancaba ya como una exhalación, virando con un largo chirrido de neumáticos en la esquina, para desviarse y eludir cualquier posible ataque policial.

—¡Vamos, suba! —me indicó el otro, abriendo la portezuela de atrás—. ¡Le seguiremos!

Subí. Y seguimos al «Mercedes» negro. Pero fue inútil. Nos ganó la delantera, y se perdió entre las calles de Haidhausen, al otro lado del río Isar, pasado el puente de Luitpold. Al final, con desaliento, los dos agentes detuvieron el coche patrulla, mirándome disgustados.

—Se nos escabulleron —dijo el conductor, ceñudo—. El coche era muy potente. Y sabían conducirlo. ¿Quiere ver al comisario Dietrich, quizá?

—Sí, por favor —resoplé—. Vamos a verle. Las cosas se están poniendo feas para mí en esta ciudad...

Se miraron, como preguntándose quién sería yo. Múnich no es una ciudad excesivamente violenta en su vida habitual. Casos como el terrorismo de la Olimpiada, se pueden dar en cualquier parte. La delincuencia en la ciudad bávara, resulta muy rara incluso para sus autoridades, podía leerlo en sus rostros. Pese a todo, me llevaron a ver al comisario Dietrich. Pero él poco podía hacer por mí. Todo lo más, vigilar mi hotel y hacerme seguir cuando saliera a la calle. Y

eso no era todo. Él lo sabía, como lo sabía yo. Los asesinos podían atacar en cualquier momento, esperando la ocasión más propicia.

Y eso es lo que harían no tardando mucho. Estaba seguro de ello.

* * *

Dietrich me había prometido vigilancia. No sabía si existía realmente, cuando llegué de nuevo ante la Sauna Eros y el edificio de verde fachada de la Fundación Klassenstor, de la calle Liebig. Lo único cierto es que eran ya las nueve y cuarto de la noche, y yo aún no había cenado siquiera.

Había una cervecería enfrente, llamada Münchener Haus. Había un servicio de platos combinados, bastante monótonos, pero bastaban para satisfacer mi apetito. Entré y me serví uno de ellos, con una jarra de cerveza gigantesca y espumeante. Me acomodé en una mesa. El local formaba como un patio rectangular, y un acordeonista bávaro tocaba temas populares, allá en un altillo, entre mesas de clientes. Un par de tipos jugaban al azar en las máquinas tragaperras situadas en el muro de la entrada. Se podían jugar desde diez centavos hasta diez marcos. El premio iba en consonancia con la apuesta. Si es que había premio.

La mayoría de las camareras eran rubias, como buenas germanas. Observe que una de ellas era, en cambio, de negros cabellos en trenzas. Justamente la que me sirvió a mí la cerveza. La observé, interesado. Ella me sonrió, y eso me animó a pedirle otra jarra de cerveza.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al pasarle la consumición.

—Erika —dijo ella, sonriente—. ¿Y tú?

—Brian —dije—. Soy inglés.

—Oh... —me miró con extrañeza. No sé por qué, es atávico que un alemán mire con cierto recelo a un inglés. Y viceversa. Muchos atavismos no tienen sentido—. No lo pareces.

—No, claro —asentí—. Hay quién dice que parezco francés.

—Bueno, puede ser. Pero un francés guapo —se echó a reír—. ¿Más cerveza, Brian?

—Sí —asentí, aunque tenía aún media jarra—. Otra más. Tengo sed.

Me sirvió. La miré al tenerla cerca, inclinada sobre mi mesa. Vestía al estilo bávaro. Blusa con fruncidos, chaleco de pana negra con cordones, amplias faldas. Al inclinarse, dejaba ver la firmeza arrogante de sus pechos generosos. Tenía grandes ojos oscuros y labios carnosos. Me pregunté por qué todo el mundo cree que todas las alemanas son rubias y de ojos azules.

—Voy a la Sauna —dije—. La de enfrente.

—Vaya... —me estudió, maliciosa, echándose luego a reír—. ¿No dan masajes en Inglaterra?

—Claro. No es lo que crees. Es una cita de negocios.

—¿Negocios? —su carcajada fue fresca y musical. Se puso en jarras—. En esos sitios, solo entienden de una clase de negocios... He visto a mucha gente ir a la Sauna Eros. Todos buscan lo mismo. O parecido. La única diferencia está en los servicios y los precios.

—Lo imagino —reí yo también—. ¿Conoces a las chicas de la sauna?

—A algunas —se encogió de hombros—. Es un trabajo como otro cualquiera. Aquí no somos puritanos, Brian.

—Supongo que no. Yo tengo allí una amiga. Helga. Helga Reickner. ¿La conoces?

—Helga... —asintió—. Sí. Es rubia. Fuerte y llamativa. Creo que tiene éxito.

—¿Es bonita?

—Todas las que trabajan ahí, son bonitas —se echó a reír de nuevo—. Kristina dice que preferiría hacer masajes allí que servir cervezas aquí. Yo trato de disuadirla de eso. No sabe lo que dice. Ha venido de un pueblo hace poco.

—¿Quién es Kristina? —me interesé.

—Esa —señaló a otra camarera que pasaba con tres jarras de cerveza hacia una mesa—. Buena chica, pero un poco tonta. Sueña imposibles. No ve lo feo de las cosas.

La miré. También tenía el pelo negro, como Erika. Ambas eran las únicas morenas en la cervecería. Kristina era más opulenta. Tenía rosetones de salud en sus mejillas.

—¿Tú sabes que es mejor servir cerveza?

—Claro. Pero se gana mucho menos, también, lo sé —sus negros ojos me contemplaron vivamente. De todos modos, ten cuidado.

La miré, sorprendido. Era una rara advertencia la suya.

—¿Cuidado? —repetí—. ¿Por qué, Erika?

—Oh, por nada, pero... yo no me fío mucho de esos negocios disfrazados. Un día vino un hombre solitario, como tú. Un extranjero muy generoso. Me dejé una propina increíble. Iba también a esa sauna. Entró en ella. Nunca más le vi.

—No volvería a ella —sonreí, pensativo—. Hay otras en Múnich...

—Sí, pero eso fue diferente. Él había venido varias veces por aquí. Era casado, y su mujer debía sospechar algo de él y lo hizo seguir. Luego, ella se presentó aquí. Casi arma un escándalo. Su marido había desaparecido. Llamó a la policía. Fueron a la sauna. Recordaron que fue cliente de ese local un par de veces, pero eso fue todo. El portero aseguró que le había visto salir en las dos ocasiones. Luego... debió desaparecer en alguna otra parte. La mujer no pudo probar nada. La policía tampoco. Todo sigue igual.

—Eso no quiere decir nada. Significa que él debió sufrir un accidente en algún otro lugar.

—No —negó ella vivamente, ante mi sorpresa—. Seguro que el portero mintió. Ese hombre nunca salió de la sauna la última vez.

—¿Cómo está tan segura de ello?

—Me había dejado algo para que se lo guardase. Entró en el edificio. No había apenas trabajo ese día. Llovía mucho. Estuve esperando a que saliera, durante horas, sentada en el porche de la cervecería. No reapareció. No volvió.

—Vaya... —moví la cabeza, perplejo—. ¿Qué cree que pudo ocurrirle?

—Lo ignoro. El hecho cierto es que jamás regresó. Y ellas mintieron.

—¿Y el objeto en depósito?

—Aún lo conservo. No dije nada a la policía. Hubiera servido de poco. Esa sauna tiene influencias. Hay gente de la Fundación que se relacionan con el negocio.

—¿La Fundación? —mi interés crecía por momentos, hasta el extremo de haber apurar a la nueva jarra de cerveza mientras escuchaba a Erika, la camarera—. Eso es un centro de investigaciones científicas. ¿Qué tiene que ver con un negocio de

masajes femeninos?

—No lo sé, pero lo tiene. El doctor Helmut Scholl, de la Fundación, entra a veces en la sauna cuando es noche cerrada.

—Puede tener una explicación fácil —reí—. El doctor Scholl será también hombre, además de médico...

—Se equivoca —me cortó Erika, altivamente—. El doctor Scholl, además de cirujano y miembro del Comité de Dirección de la Fundación... es homosexual. ¿Qué puede buscar en una sauna de masajistas exclusivamente femeninas, Brian?

Era toda una razón. Me quedé mirándola, pensativo. Luego, recordé algo.

—¿La esposa del desaparecido no reclamó a nadie lo que él le dejó a usted en depósito? —quise saber.

—No. Nadie lo hizo. Era... era un objeto muy personal, de gran valor... Una pitillera de oro, con encendedor electrónico incorporado. Con iniciales grabadas en platino... No la he tocado. Sigo guardándola, a la espera de que vuelva, o de la decisión que tome con ella. Debí adquirirla aquellos días en Múnich, en alguna joyería... Él... él era austríaco, de Viena...

—Yo no poseo nada valioso para dejarte en depósito, Erika —sonreí—. Además, puede que eso traiga mala suerte. Pero te prometo volver. Si no fuese así, llama al comisario Gerd Dietrich, de la policía local.

—No dudes que lo haré. ¿Cuándo vas a volver?

—Mañana. Volveré a mediodía, a tomar cerveza en este local —prometí, sonriendo—. ¿Me vas a servir tú?

—Palabra. Mañana termino a las dos. Tengo libre toda la tarde...

—Excelente —aprobé—. ¿Puedes dedicármela? Me gustaría conocer la Ciudad Olímpica, y no es agradable visitar una ciudad sin una compañía grata al lado.

—Está bien. —sus ojos chispearon—. Aquí, a mediodía. Luego... lo que tú quieras.

—Hecho —asentí. Y añadí luego, guiñándole un ojo—: Ah, no pienses mal. Te dije la verdad antes. Voy a ese local por otras razones que las que puedes imaginar...

—Me cuesta creerte —rió—. Pero si tú lo dices... Procura que

ellas no sean más fuertes que tú. Dicen que conocen muy a fondo su oficio.

—Procuraré ser fuerte, Erika.

Ella puso gesto de duda. Tenía toda la razón para dudar de mi fortaleza. Poco más tarde, en el interior de la Sauna Eros, demostré ser débil. Muy débil...

Pero Helga Reickner tuvo en ello su parte de culpa, debo admitirlo.

—No vine a esto, Helga...

Ella se echó a reír, mientras se cubría con la blanca bata de masajista, sin demasiadas prisas. El aire olía a suave perfume, fresco y aromático, en el cubículo de vidrio donde nos hallábamos. Me senté en la mesa de masajes que podía transformarse fácilmente en lecho.

—Todo el mundo viene aquí a algo parecido —me dijo, burlona—. ¿Esperabas ser diferente a los demás, Brian Corman?

—Admito que fui lo bastante ingenuo para pensar así —refunfuñé, poniéndome en pie.

—Esto no cambia las cosas —ella buscó cigarrillos y me ofreció uno—. Ahora podemos hablar. A mí nadie me cuenta los minutos aquí. ¿A qué viniste realmente?

—Es difícil de explicar. Creí que conocías a Claude Ferrand.

—Solo de nombre. A él tenía que ayudarle si venía a mí. Denise me lo pidió.

—¿Denise Gerard? ¿La conoces?

—Fuimos amigas. Yo había sido enfermera antes... antes de esto —dijo, encogiéndose de hombros—. Así es la vida, Brian. Hay trabajos que dan más dinero. Yo no tengo muchos escrúpulos, mientras lo que gane valga la pena.

—¿Y vale la pena?

—No está mal. Tengo un buen apartamento en Múnich. Y dinero en el banco. Es más de lo que hubiera ganado como enfermera. Pero eso no viene al caso. ¿Por qué hablaste de Claude Ferrand? Has dicho que tú no eres...

—No, no lo soy. Pero tengo su mismo rostro. El doctor Ferrand, su padre, quiso despistar a alguien que perseguía a su hijo con

ánimo de matarle, y me dio ese rostro, sin darse cuenta de que con ello podían ser dos los muertos y no uno solo. Claude sigue oculto. Yo, perseguido. Un amigo común del doctor y mío me dio tu nombre en Zúrich. No dijo quién era.

—Yo trabajé con el doctor Ferrand, pero nunca vi a su hijo Claude. Tengo amigos en Zúrich que trabajaron también con el doctor. Alguno de ellos actuaría como intermediario de él. Pero no sé en qué puedo ayudarte.

—Yo tampoco. Ciertamente, no busco refugio. No me escondo.

—¿Qué buscas, entonces?

—La verdad. Lo que ocurre. Quiero cazar a los culpables.

—¿Por qué? No es asunto tuyo. Y es peligroso.

—También es peligroso que me parezca a Claude Ferrand. Y no puedo evitarlo. Me gusta coger el toro por los cuernos. Solo desenmascarando a esa pandilla, estaré a salvo de riesgos.

—O solo si matan a Claude —me hizo notar ella, con cierta frialdad.

—Sería un modo como otro cualquiera, pero no me gusta ver morir gente.

—A mí tampoco —aplastó el cigarrillo en el cenicero—. ¿Quieres otro masaje? Te veo muy nervioso. Necesitas relajarte...

Contemplé a la rubia hembra de formas rotundas, de voz sensual, de labios carnosos, diestra en su oficio como pocas. Negué con alguna dificultad.

—No —dije—. Está bien por hoy. Necesito algo más que masajes...

—Yo no sé lo que ocurre, Brian —parecía sincera al hablar. Sus ojos pardos revelaban una peculiar expresión de interés—. Dudo mucho que pueda ayudarte en lo que estás buscando.

—Pues tienes que hacerlo. Confiaba en ti, estaba seguro de que sabrías algo, algo que yo ignoraba, que podía llevarme a la verdad...

—¿Por qué precisamente yo?

—Es lo que dijo el hombre misterioso que me envié el mensaje en Zúrich. Y es lo que Denise, al creer que yo era Claude, me mencionó en el tren. Incluso me dio tu tarjeta...

—Lo que sé acerca del doctor Ferrand es algo que quizá no

tenga relación alguna contigo, Brian...

—Eso, debo decidirlo yo —repliqué, vivamente.

—Está bien. Hablaremos de ello en otro lugar —miró alrededor suyo. Al otro lado de los paneles de vidrio esmerilado que nos separaban del resto del negocio, era fácil escuchar murmullos de voces, puertas que se cerraban, pisadas sigilosas, el deslizarse del agua en las piletas... Ella se tornó seria. Tomó un bolígrafo y apuntó algo, con rapidez, en un trozo de papel que puso en mis manos—. Esa es mi casa, Brian. Ve a ella.

—¿Cuándo?

—De madrugada. Hoy, no. Mañana. Sobre las dos o las tres. Te estaré esperando. Sé discreto. Si algo de esto trasciende, quizá no solamente tú, sino yo también esté en peligro.

—¿Tan grave es el asunto?

—Mucho. Hay dinero por medio. Mucho dinero. Es un gran negocio. Limpio y fácil. Los cabecillas no querrán arruinarlo. Ni creo que les importen una, dos o más vidas, si con ello salvan su organización.

—¿Qué es? ¿Drogas?

—No. Más importante.

—¿Piedras preciosas, contrabando?

—Tampoco. Más serio aún.

—¿Espionaje?

—No, no. Nunca lo imaginarías. Ni tú, ni nadie. Es un tinglado muy inteligente y muy sencillo, pero tremendamente complejo. Su descubrimiento sería un escándalo mundial de grandes proporciones.

—Casi me asustas, Helga —la miré, entre sorprendido e intrigado.

—Tienes motivos para asustarte, Brian —aseguró ella, solemne. Puso sus manos sobre mi cuello. Luego, buscó mis labios y los estrujó contra los suyos. La sentí palpar—. Recuerda esto, no faltes mañana, de madrugada. Y que nadie te siga. Que nadie sepa nada, ni siquiera la policía.

—Te lo prometo —asegué, gravemente—. Nadie lo sabrá.

—Ahora, vete. Si te quedas más tiempo, tendrás que pagar otro servicio. Y en ese caso, no dejaría de servirte. Es mi norma —sonrió

irónicamente—. El cliente debe salir siempre satisfecho...

—Te aseguro que así es —dije, encaminándome a la salida, con un guiño—. Hasta mañana, Helga.

—Hasta mañana, Brian.

* * *

A las doce menos diez minutos estaba frente a la Münchener Haus, frente a la Sauna Eros, cerrada a aquellas horas herméticamente. La cervecería aparecía repleta de público, como en ella era costumbre.

Pero algo raro sucedía con ese público. Lo noté inmediatamente, apenas me aproximé al porche del edificio, bajo las banderas blancas, azules y rojas de Baviera que pendían a lo largo de la fachada, en torno a la enorme muestra de una jarra de cerveza espumeante.

Los clientes estaban con sus jarras mediadas, contemplando absortos algo en la acera. Había varios coches detenidos en torno al local, entre ellos dos patrulleros de la policía muniquesa. Miré al asfalto.

Se me erizaron los cabellos. Sentí que el suelo vacilaba bajo mis pies.

Un bulto aparecía tendido en la acera. Una manta cubría casi la totalidad del mismo, con excepción de sus cabellos.

Eran largos, negros, en trenzas... La sangre corría bajo la manta, formando regueros hasta el bordillo.

—¡Erika! —grité roncamente.

Y me precipité, abriendo paso entre cuantos me rodeaban, en dirección al bulto humano allí tendido.

No pudieron impedir que me arrodillase a su lado y alzara parte de la manta, lo justo para descubrir el rostro de la persona allí tendida. El destrozo de su pecho y hombros, aplastados por algún gran peso, en medio de sangre y huesos astillados, me llenó de horror. Pero el rostro no era el de Erika, la camarera de la cervecería.

Era Kristina, su compañera. La rubicunda e ingenua muchacha de una aldea bávara. Estaba lívida ahora. Con la palidez de la muerte borrando su aspecto saludable del día anterior.

—Dios mío... —murmuré—. ¿Qué ha sucedido?

—Fue un coche —dijo alguien—. Saltó la acera. La arrolló. No se detuvo, se dio a la fuga. No han podido dar aún con él. Pobre chica... Murió en el acto.

Miré borrosamente el cuerpo joven y rollizo, ahora sin vida. Una ambulancia se detenía junto a la acera, para llevarla a la Morgue. Los agentes de verde uniforme me miraban, interesados. Una fría mano se apoyó de repente en la mía.

Me volví. Me quedé mirando unos ojos oscuros, brillantes, velados ahora por las lágrimas...

—Erika... —murmuré, roncamente—. Dios... Pensé que eras tú...

—Fue Kristina —sollozó, apretando mi mano—. Yo tenía que servir ahí fuera, en el porche. Lo hago siempre. Pero unos chicos bromeaban con Kristina. Ella quiso atenderles... Y cuando fui hacia ella, era tarde. La aplastaron contra el suelo, brutalmente... Oh, Brian, es horrible...

Se apoyó en mí, sollozando. Oprimí con fuerza sus brazos, sus hombros. La cabeza me daba vueltas. Otra vez cara a cara con la muerte...

—Serénate —pedí—. ¿Puedes terminar a la misma hora que dijiste?

—Sí —asintió—. Kristina también libraba esta tarde. Pobre muchacha...

La gente ya no sentía ánimos para beber cerveza. El local se iba quedando vacío. Sus clientes, en silencio, cabizbajos, se alejaban por la calle, dirigiendo una mirada al charco de sangre, a la ambulancia, al recuerdo de una muerte violenta. Me metí en el local, y me dejé caer en un taburete, sacudiendo la cabeza. El patio bávaro parecía ahora singularmente triste y desolado. El acordeón reposaba en una banqueta, silencioso. El músico de larga barba canosa y ropa tirolesa, bebía lentamente en el mostrador, con la mirada perdida.

—¿Qué clase de coche era? —quise saber.

—Un «Mercedes» negro, muy potente —explicó Erika, pensativa. Apareció de súbito... y no se detuvo tras el atropello. Es un crimen que ocurran cosas así...

Me había estremecido. Un crimen... Vaya si lo era... Pero no como pensaba Erika. Un «Mercedes» negro...

Alcé la cabeza. Miré a la muchacha.

—Kristina era morena —dije—. Pelo negro, como tú ¿Hay alguna más así en esta cervecería?

—No. Todas las demás son rubias. Hasta hace poco, yo era la única de pelo negro...

—Y tú servías habitualmente en el porche a esa hora...

—Sí —me contempló, sorprendida—. ¿Qué significa todo eso, Brian?

—Algo terrible —exhalé un suspiro—. Pide unos días de permiso. No vengas a trabajar. Espera un tiempo, no mucho. Yo te diré cuándo puedes volver aquí...

—Pero, Brian, eso es imposible —pestañeó ella—. Es mi trabajo. Ahora, además, no está Kristina. Haré falta aquí. No puedo ausentarme.

—Finge que estás enferma, haz lo que sea, pero no vengas, ¿entendiste? —la apremié con viveza.

—Pero, Brian, ¿por qué? ¿Por qué todo eso?

—Muy sencillo —resoplé—. Era a ti a quien querían matar, no a Kristina.

—¿Qué dices? —me contempló, con gesto demudado.

—Lo que oíste. No es un accidente. Fue intencionado. Conozco ese «Mercedes» negro. Sé lo que intentaron. Y casi les resulta. Solo el hecho de que hubiera dos camareras de pelo negro te salvó la vida.

—Brian, eso es un disparate. ¿Quién podría quererme matar a mí?

—No lo sé. Pero lo han intentado. Hay algo... Algo que les ha hecho sentenciarte, como me han sentenciada a mí. Si sigues viniendo día tras día a tu trabajo, repetirán su intento. Y no fracasarán dos veces...

* * *

No fue un paseo agradable ni alegre, pese a que, llevar al lado a una muchacha como Erika, parecía motivo suficiente para sentirse feliz.

El Estadio Olímpico y sus alrededores, con los montículos de verde superficie, erigidos sobre ruinas del Múnich de la Segunda Guerra Mundial, como un símbolo de superación de la adversidad que aquel pueblo había alcanzado total y plenamente con espíritu ejemplar, eran un conjunto de belleza armónica difícilmente superable. La aguja de la esbelta Torre Olímpica, rematando el panorama de Olympia Park, con sus estanques artificiales, sus puentecillos, sus senderos, la estructura de plástico y remaches del Estadio y del velódromo y demás instalaciones deportivas, formaban un paisaje de impresionante grandeza arquitectónica en medio de aquel verdor que cubría los viejos cascotes de una ciudad levantada sobre su propia ruina.

Pero ni Erika ni yo llegábamos a sentirnos partícipes de la paz y belleza que nos rodeaban en el gran recinto olímpico. Ahora, ella sabía algunos detalles sobre mí. Y estaba empezando a comprender que tuve razón. Había algo que la convertía en objetivo de los misteriosos asesinos. Su vida estaba en peligro.

—Me gustaría conocer la razón, Brian —susurró tras un largo silencio, contemplando los cisnes en el estanque, frente al Estadio Olímpico—. Nunca me enfrenté a algo tan espantoso e inexplicable...

—Nadie mejor que tú puede saber esa razón, si realmente existe —comenté, ceñudo—. Tú no tienes nada que ver con las personas que yo conozco. Nuestro trato ha sido simplemente accidental. Y, sin embargo, estoy seguro de que no te intentaron matar por el simple hecho de haber hablado conmigo anoche.

—¿Por qué, entonces?

—No sé... Eres vecina de esa sauna, puedes haber visto algo que otros no vieron... Ayer mismo me hablaste de un hombre que desapareció misteriosamente, sin dejar rastro. Y te dejó a ti un objeto de su propiedad. ¿Cuánto hace de eso, exactamente?

—Bueno, ya hace más de dos meses. Y en ese tiempo no me sucedió nada anormal.

—Dos meses... —reflexioné—. Puede que no les preocupara en ese tiempo, pero al llegar yo hayan pensado que las cosas son diferentes. Erika, me gustaría ver ese objeto...

—¿La pitillera de oro? No puede significar tanto, Brian. Además, si intentaran robármela, tendría sentido. Pero tratar de

matarme con un fingido accidente de tráfico...

—Ellos son expeditivos. No pierden su tiempo. Una vida humana cuenta poco para sus escrúpulos. Helga me dijo que hay algo grande, tal vez demasiado grande, en juego. Ese hombre desaparecido, ¿recuerdas algo más de él? Su nombre, pongamos por caso...

—¿Su nombre? Sí, me lo dijo, pero... Espera... Sus Iniciales en platino son G. N... Sí, eso es. Le llamábamos *herr* Neuman... Gunther Neuman, ese era su nombre...

—Gunther Neuman... —reflexioné—. No me resulta del todo desconocido. Vamos, iremos a un lugar de Múnich donde podamos averiguar algo al respecto. Una hemeroteca, por ejemplo...

La tomé de una mano. Abandonamos el Parque Olímpico y un taxi nos condujo al centro de la ciudad. Poco más tarde, la hemeroteca del diario muniqués TZ, se abrió para nosotros, en busca de la consulta sobre un nombre que me resultaba vagamente familiar, sin saber la razón: Gunther Neuman...

* * *

Nos detuvimos un momento ante el edificio donde vivía Erika, en la pequeña plaza con una fuente en medio del ajardinado centro. Leí los apuntes tomados en la hemeroteca del Zeitung poco antes.

—Gunther Neuman —recité—. Financiero bávaro. Dueño de la cadena Neuman de pastelerías... Su empresa declarada en quiebra, con importantes deudas. Desfalco sin aclarar en los fondos de la entidad, anterior a la desaparición de Neuman. Se habla de una posible evasión al extranjero. Seguro de vida a nombre de la esposa, no percibido aún por estar legalmente declarado desaparecido, y no muerto. Ella trata de encontrar su cadáver en vano. Sin informes sobre el posible paradero actual de Neuman. Nada confirma que siga con vida... Nadie ha vuelto a verle. No ha salido del país, al menos con su nombre auténtico... Extraño todo, ¿eh, Erika?

—Muy extraño. No parecía un hombre acosado ni en apuros cuando vino a la cervecería. Solo me pareció un hombre de buena posición que buscaba conocer algo dudoso, a espaldas de su mujer.

—Dice que estuvo más de una vez en la Sauna Eros.

—Dos. En la segunda no reapareció, diga lo que diga el portero del edificio. Pero matarle allí dentro, no tendría sentido. A menos que le desvalijaran. Pero él parecía recelar de esas masajistas. Por ello me dejó la pitillera, imagino...

—Si pensaba evadirse dejando en quiebra sus negocios, no hubiera dejado un objeto de tanto valor sin intentar recuperarlo —medité en voz alta—. Ciertamente, todo esto no tiene demasiado sentido. Y matar a un hombre en una sauna para desvalijarle, es un riesgo demasiado grande para ese negocio. Tendría que haber la complicidad de muchas personas. Esas cosas nunca salen bien. Y el tal *herr* Neuman no iría allí con los bolsillos repletos de marcos, si era tan receloso...

—Entonces, ¿qué supones? —preguntó, abriendo la puerta con su llave.

—No lo sé, Erika —confesé, con un suspiro. Miré al interior. Ella dio la luz—. ¿Puedo subir contigo, sin que eso arruine tu reputación?

—Tengo una vecindad muy peco entrometida —rio ella, suavemente—. Sube. Puedo hacerte algo de cenar. Sé cocinar bastante bien...

—Eso me convence —asentí—. Vamos allá, Erika... Soy uno de esos hombres que se sienten aburridos de la comida de hoteles y restaurantes, puedes creerme.

Subimos a la tercera planta, donde ella tenía su vivienda. Pequeña, pulcra y confortable. Puso en funcionamiento un tocadiscos. Música de *jazz*, muy suave. Fue a la cocina y miró en su frigorífico. Pareció satisfecha.

—Podré hacerte algo apetitoso —dijo—. Ponte cómodo, Brian. ¿Algo de beber?

—Cerveza, si tienes —suspiré—. Es un crimen beber otra cosa en esta ciudad. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias —sonrí—. Sé valerme sola en la cocina. Oh, han traído ya mis encargos del supermercado. La señora Webber, mi vecina, tiene una llave para entrar en mi ausencia. Veo que dejó aquí mi pedido para mañana.

Era una bolsa de papel oscuro, con el nombre del supermercado, y reposaba en medio de la habitación sobre una mesita de centro. Pero ahora no necesitaba nada de aquel envoltorio. Estaba

trabajando en la cocina, mientras yo bebía lentamente una cerveza fría.

Consulté mi reloj, recordando mi cita de madrugada con Helga Reickner. Faltaban muchas horas para eso. Eran las nueve en punto.

Tomé otro trago, mirando curioso en torno. Un reloj electrónico coincidía con el mío, sobre una estantería, al lado de unos muñecos típicos de Baviera. Arrugué el ceño.

Ese reloj era silencioso, como todos los electrónicos. Por tanto, no era su tic-tac el que oía, y que me había hecho mirar mecánicamente la hora en mi reloj. En toda la salita, no había ningún otro reloj, al menos a la vista.

Pero el leve tic-tac continuaba, en alguna parte. Me incorporé, pensativo.

—Erika, ¿dónde tienes otro reloj que no sea electrónico? —quise saber.

—En mi dormitorio —oí su voz desde la cocina—. Pero es de cuco y está parado. ¿Por qué lo preguntas Brian?

Un sudor helado empapó de pronto mis manos. Busqué en derredor, a la desesperada.

—¡Erika! —apremié—. ¿Es que no tienes otro reloj?

—No, ningún otro. Pero ¿qué te pasa? Con mi reloj de pulsera y el de esa estantería, me sobra para...

Me había detenido junto a la bolsa del supermercado. El tic-tac era más audible ahora. Me incliné. Agucé el oído...

¡Era allí! Dentro de la bolsa del pedido... Un tic-tac insistente, extraño...

Corrí a abrir la ventana sobre la pequeña y apacible plazoleta. Tomé cuidadosamente la bolsa ocre, de fuerte papel. Regresé a la ventana a toda prisa. Tomé puntería y arrojé a la fuente central el envoltorio.

Me eché atrás, mientras la bolsa caía pesadamente en el agua y se sumergía en la fuente. Hubo un corto silencio. Creí haber hecho una estupidez, mientras Erika salía de la cocina, con una caja de puré en su mano.

—Brian, ¿qué es lo que te ocurre y por qué...? —comenzó, perpleja.

Se detuvo bruscamente. Abajo, en la plaza, algo estalló dentro de la fuente, con sordo estampido. Gritaron varias personas. Me asomé precipitadamente. El agua lo salpicaba todo. El humo brotaba del interior de la fuente. Una figurilla de piedra, en su centro, había resultado decapitada. Algunas personas corrían, alegándose del lugar con sobresalto. Se abrieron numerosas ventanas asomadas a la plaza.

—Acabamos de salvar la vida —dije, roncamente, volviéndome a una Erika pálida y estremecida—. Una vez más, querida... la muerte estuvo cerca. Muy cerca de nosotros...

LA explosión pudo ser una sorpresa relativa. Pero el hecho de que la pitillera de oro con las iniciales de platino no estuviera donde ella la guardaba, ya no resultó para mí ninguna sorpresa.

Desolada, Erika se dejó caer en el sofá, junto a mí. Incluso su cena se había arruinado definitivamente. De pronto, ambos habíamos descubierto que no teníamos el menor apetito.

—Dios mío... ¿Quién pudo llevársela? —gimió.

—La misma persona que puso el explosivo con un mecanismo de relojería, dentro de la bolsa del supermercado, Erika —expliqué, gravemente—. Tu vecina, la señora Webber, estoy seguro de que no entró aquí para nada. Alguien, en tu ausencia, entró y dejó ahí el explosivo. También registró cuidadosamente la casa, sin desordenar nada, y se llevó ese objeto valioso. No por su valor intrínseco, desde luego.

—¿Por qué, entonces? ¿Qué otro valor puede tener?

—La evidencia de que Gunther Neuman pensaba volver a por su pitillera al salir de la sauna aquel día. Algo sucedió que le impidió regresar. Ahora hay personas que, de repente, han comprendido que eres un testigo peligroso para ellos, por la razón que sea. Lamento ser yo quien ha precipitado las cosas con mi llegada a Múnich. Pero es obvio que alguien tiene miedo y no se siente tan seguro como hasta ahora. Me gustaría saber quién es... y por qué.

—Brian, estoy asustada...

—No te lo reprocho —la rodeé con mi brazo, atrayéndola hacia mí—. Es para asustarse. Como verás, lo de Kristina fue un error. Ni siquiera te conviene quedarte aquí, en tu casa. Lo intentarán de nuevo.

—Pero... ¿qué puedo hacer? Si no puedo ir a mi trabajo, a mi propio hogar...

—Por un tiempo, no. Busca la excusa que quieras. Despídete, si hace falta. No te faltará trabajo cuando todo esto pase. Vete fuera de la ciudad, a otro lugar. Yo te ayudaré, Erika. Pero no te quedes aquí por nada del mundo.

—Brian, ¿cuándo debo hacer eso?

—Hoy. Ahora mismo —busqué en mi bolsillo. Le entregué unos billetes de cien marcos—. Toma dinero. Te llevaré a buscar un taxi. Ve pensando un lugar seguro, adonde no estés acostumbrada a ir en otras ocasiones. Procuraremos que nadie te siga. Una vez instalada, mantendré contacto contigo. No me llames al hotel. Podrían intervenir mi teléfono. Yo te diré a qué hora puedes llamarme, a la propia central de Teléfonos.

—Pero... ¿Así, tan deprisa? —se sobresaltó Erika, abriendo mucho sus oscuros ojos.

—Sí. Así, tan deprisa —asentí, poniéndome en pie—. Cuanto antes mejor. Ellos no vacilarán en inventar algo distinto, apenas sepan que fracasó su nuevo plan.

Supé que Erika ya no dudaba. Iba a obedecerme en todo. Estaba demasiado asustada para no hacerlo.

* * *

Era un edificio muy diferente al de la plazoleta amable y ajardinada. Una zona residencial también distinta. Más apartada, más lujosa. E igual podía decirse de la edificación, moderna y suntuosa. Los apartamentos allí debían de ser caros. No importaba sin duda a personas como Helga Reickner. Ella podía pagarlo. Su trabajo se cotizaba bien. Eso sí, solamente tenía aquella tarea en la casa de masajes. Todo hacía suponer que no. Si la clave de algo estaba allí, en Múnich... Helga era parte de esa clave, estaba seguro de ello.

Sabía muchas cosas. Quizá callaba aún muchas más. La rubia germana de formas plenas, maciza y vigorosa anatomía y hábiles artes en su especialidad, era una mujer inquietante. Me intrigaba de modo profundo.

Pero sabía que ella era la que podía llevarme por el camino más corto y rápido hasta el corazón mismo de la trama en que me veía envuelto contra mi voluntad.

Era de madrugada cuando llegué allí. Me quedé contemplando el edificio, en la soledad silenciosa de la ciudad bien iluminada, de atmósfera limpia y despejada, de calles desiertas y pulcras.

Era puntual a mi cita. Esperaba que no hubiese problemas para subir a ver a Helga. Pensé en Erika mientras cruzaba la calzada, mirando a todos lados, quizá con la vaga inquietud de sentirme vigilado por alguien a quien no veía, como si la tranquila noche muniquesa tuviera ojos.

Lo cierto es que no vi a nadie. Con la excepción de mi sola persona, la ciudad toda parecía desolada a mi alrededor. Nadie me había podido seguir últimamente, ni siquiera los agentes del comisario Dietrich, puesto que cuidé de ello minuciosamente, para dar a Erika las mayores garantías de seguridad. Nadie debía saber dónde estaba ahora la joven camarera de cervecería de cabellos negros. Era mejor así. Creo que lo había hecho todo lo mejor posible para conseguirlo.

Tras dejar a Erika camino de su refugio, ahora le tocaba el turno a otra mujer muy diferente. Helga era de las que sabían cuidarse por sí solas, estaba convencido de ello.

Alcancé la puerta de entrada al edificio de apartamentos. Consulté el apunte que me diera la masajista el día antes. Pulsé el llamador automático, a la espera de que me fuese franqueado el acceso.

Helga me esperaba, no había duda. Apenas hube presionado el botón de su apartamento, no tuve que esperar ni cinco segundos. No hubo una voz siquiera por el interfono. Sencillamente, chascó el cierre de la puerta. Empujé esta y cedió. Había sido abierta con diligencia desde arriba.

El ascensor me condujo desde el silencioso vestíbulo hasta la planta donde se hallaba su apartamento. Caminé por un corredor largo, alfombrado y suntuoso. Vi la puerta de su domicilio, en un recodo del mismo. La numeración y letra aparecían en gruesas cifras metálicas, de color plateado, sobre el caoba oscuro de la madera.

Helga era la discreción personificada. Ni siquiera necesitaba llamar a su puerta. Estaba entornada, invitadora. Miré a ambos lados. El corredor era un desierto tenuemente alumbrado.

Empujé con suavidad la puerta. Entré, cerrando luego tras de

mí. El recibidor estaba en sombras, pero, sin embargo, había luz al fondo, en un *living*. Una suave música ambiental venía de alguna parte, invitadora. Sonreí. Helga era muy experta en preparar los escenarios, al menos cuando recibía a un hombre en su casa.

—Soy yo, Helga —dije en voz alta, sin duda innecesariamente, puesto que se suponía qué ella debía saberlo sin lugar a dudas—. Puntual, como verás...

No hubo respuesta. Ni era necesaria. La luz y la música en el *living* eran una muda invitación para mí. Avancé por el corredor. La atmósfera del apartamento estaba suavemente perfumada. Me recordó el olor del cuerpo de Helga, allá en el negocio de masajes especiales...

—Helga —repetí sonriente, al entrar en el *living*—. Aquí me tienes...

Las palabras y la sonrisa se helaron en mis labios. Me quedé clavado allí, como petrificado. Sacudido por un nuevo horror que en ningún momento había llegado a imaginar.

Helga Reickner, ciertamente, estaba allí. Frente a mí, sentada en el sofá, envuelta en una suave *negligé* verde manzana que dibujaba todo su cuerpo turgente, desde los enhiestos pechos hasta las marcadas caderas. Y me miraba. O parecía mirarme.

Pero lo cierto es que la rubia masajista de la calle Liebig no podía ver ya nada en este mundo. Sus grandes ojos pardos, muy fijos en mí, carecían de otra expresión que no fuese la vidriosa y fría de la muerte. No podía ser de otro modo, ofreciendo en su seno y cuello aquellos feos orificios circulares, oscuros, de los que había escapado la sangre, empapando su *negligé* y su piel desnuda, y goteando copiosamente al sofá y la alfombra.

La habían matado a tiros. Seguramente con disparos silenciosos como taponazos...

Y no hacía mucho de eso. La sangre aún no se había coagulado. Alguien tuvo que abrirme la puerta del edificio...

Fue como una llamada de atención. Un timbrazo violento en mi cerebro. Me volví en redondo, aferrando de modo instintivo una estatuilla pesada, de piedra, que adornaba un mueble entre ella y el estéreo en funcionamiento, allá junto al mueble bar.

Ya era tiempo. El hombre estaba tras de mí, con helada mueca de crueldad en su rostro oscuro, latino. Le reconocí en el acto. ¡El

hombre de Zúrich!

Me apuntaba con su horrible pistola de largo cañón silencioso, con ojos helados y duros como los de un matarife profesional a quien no altera lo más mínimo su tarea de matar animales. Solo que él mataba seres humanos. A sueldo, sin duda.

—¡Asesino! —rugí, llevado de una ira que a mí mismo me sorprendió. Y me tiré de bruces sobre otro sofá cuando él apretaba el gatillo, al tiempo que le arrojaba al rostro la pesada estatuilla de piedra gris, representando un faraón egipcio.

Su bala zumbó cerca de mi cabeza, recordándome el zumbido de otro abejerro de metal, allá en la estación ferroviaria de Múnich, a mi llegada. Oí un chasquido de vidrios rotos a mi espalda y un espejo cayó hecho pedazos en el pavimento alfombrado de moqueta azul, espesa y mullida. Pero mi objeto contundente, en cambio, fue más preciso que su proyectil asesino. Ignoro si fue mi propia furia, mi afán de supervivencia o mi odio hacia él, por saberle el asesino de Helga, y acaso el que manipuló un negro «Mercedes» contra una infortunada muchacha de una cervecería múniquesa...

Las consecuencias del impacto de piedra en su cabeza fueron mucho más espectaculares y graves de cuanto pude imaginar, aunque quizá a ello deba el continuar ahora con vida.

El faraón egipcio de duro granito sonó ásperamente al estrellarse, brutal, en su rostro. La sangre brotó de su nariz y le oí exhalar un grito ronco de dolor. Cayó hacia atrás, medio inconsciente, dejando escapar su pistola de entre los dedos. Y tras él, lo que había era el ventanal asomado a la noche, a las luces urbanas del silencioso Múnich de madrugada. Se fue contra él, pesadamente. No pudo frenar su impulso, convertido en un cuerpo inerte, y los vidrios crujieron y se despedazaron de forma estrepitosa.

Intenté saltar, evitar lo peor, pero no llegué a tiempo. El cuerpo desapareció por el hueco, y un nuevo alarido, largo y angustioso, brotó de su garganta, desgarrando el silencio nocturno... hasta que un impacto sordo, allá abajo, cerró el drama.

Me quedé sobrecogido, quieto, convulso. En menos de un minuto, había asistido al hallazgo de un cadáver y a la muerte violenta de un hombre especializado en matar. Providencialmente, era yo el único personaje que sobrevivía de la tragedia. Me asomé a

la ventana, contemplando el bulto informe, allá en la acera. Desde aquella altura, no había la menor posibilidad de sobrevivir.

Regresé al interior. Oí un silbato policial, no muy lejos. Fui al teléfono color marfil que reposaba en un mueble. Marqué el número oficial que me diera el comisario Gerd Dietrich. Ya no podía hacer otra cosa, bajo la mirada de vidrio de la difunta Helga Reickner, la mujer que tenía que revelarme la clave de Múnich.

Luego, esperé al comisario Dietrich, removiendo algunos objetos personales de Helga, examinando sus apuntes, sus cosas, en busca de algún indicio que ella ya jamás podría ofrecerme.

* * *

—De modo que se empeñó en seguir siendo el policía aficionado, ¿eh, Corman?

—Lo siento, comisario. Yo no podía esperarme algo así. No busco la muerte. Es la muerte la que me sigue de cerca en todo momento. A mí y a quienes se relacionan conmigo.

—Sí, eso veo —suspiró, mirándome pensativo, mientras sus hombres se ocupaban con fría eficiencia del cadáver de Helga Reickner—. Tuvo mucha fortuna usted esta noche. De otro modo, ahora estaría muerto, y ese hombre de abajo seguiría gozando de la vida. Es un asesino profesional, un verdugo bien pagado. No se puede jugar con esa gente.

—Lo sé. Ya había intentado matarme en Zúrich. Ahora creo que les da igual matar a Claude Ferrand que a Brian Corman. He llegado a ser un estorbo para ellos.

—Sí, eso es lo que me temo —admitió filosóficamente el policía muniqués—. Mis hombres me han informado de una fallida explosión en una fuente pública. Alguien arrojó allí un explosivo de relojería esta misma noche. Al parecer, desde un edificio donde se alojaba una joven camarera de cervecería que ha desaparecido sin dejar rastro. Da la casualidad de que esa joven trabaja frente a la sauna donde trabajaba Helga Reickner. Y que una compañera suya fue arrollada por un coche que se dio a la fuga, accidente que dista mucho de estar claro. No me dirá que usted no sabe nada de todo eso.

Le miré. Dietrich era mucho más astuto de lo que parecía. No se le escapaba detalle. Y parecía realmente molesto conmigo, por

verme envuelto en una serie tan continuada de incidentes violentos.

—No sé si Múnich es siempre tan agitado, comisario, pero yo no hago nada por atraer sobre mí la violencia —tuve que confesar amargamente.

—Claro que lo hace —se irritó—. Anda por ahí husmeando, mezclándose en cosas muy peligrosas, como si ese juego resultara divertido e inofensivo.

—Yo no empecé esto, comisario. Solamente quiero vivir tranquilo. ¿Tengo la culpa de que el doctor Ferrand quisiera salvar a su hijo enviando tras de mí a todos los rufianes de Europa, al ponerme este rostro? ¿Tengo la culpa de que intentaran asesinar-me varias veces cuando aún no me había mezclado en nada?

—No le culpo a usted de eso, sino de lo que hace ahora en mi ciudad —se quejó—. No puedo protegerle si anda despistando a mis hombres, ayudando a ocultarse a personas, y tratando de saber cosas que podrían llevarle a la tumba en un tiempo récord, si no tuviera usted una especie de ángel de la guarda que le cuida muy bien.

—Supongo que va a prohibirme seguir adelante, o me va a expulsar de Múnich, o cosa parecida...

—Podría arrestarle como sospechoso de homicidio, si no fuese porque eso iba a traerme problemas con el cónsul de su país, y detesto tener dificultades con los ingleses. Son ustedes unas personas muy minuciosas e irritantes, créame.

—Comisario, solo intenté defenderme de ese hombre utilizando la estatuilla. No pude imaginar que llegase a matarlo.

—Esa fue su suerte. De otro modo, ahora sería usted quien hiciese compañía a Helga Reickner, esté seguro de eso. El hombre a quien hizo caer por la ventana tiene un largo historial delictivo. Es un yugoslavo contratado para asesinar. Ese era su oficio.

—Pero ¿contratado por quién? —me quejé—. Comisario, hay una organización internacional que se dedica a algo muy grave, y cuyo centro radica quizá en su propia ciudad. Algo que no son drogas ni contrabando, ni tan siquiera espionaje, pero que tiene la suficiente importancia como para suponer el manejo de grandes sumas de dinero... y el desprecio más absoluto a la vida humana, por parte de esas gentes que se mueven en la sombra. El negocio de

la calle Liebig tiene algo que ver en ello. Allí desapareció un hombre llamado Gunther Neuman, un industrial y financiero cuyos negocios quebraron ruinosamente tras su desaparición. Tengo un testigo de que las cosas fueron así.

—Gunther Neuman, ¿eh? —me miró con fijeza el comisario Dietrich, con una luz de astucia brillando en el fondo de sus pupilas—. Si fuera solo ese caso...

—¿Qué quiere decir?

—Últimamente han sido varios los grandes financieros y magnates de la industria o del comercio los que han dejado de existir, desaparecidos o muertos en accidentes poco claros, mientras sus negocios quedaban en la ruina y se descubrían grandes desfalcos o malversaciones de fondos en sus negocios.

—Y eso, ¿qué puede significar, comisario? ¿Cree que alguien los extorsiona y luego los elimina violentamente?

—Puede ser una explicación del asunto, sí —se encogió de hombros el policía muniqués—. Eso constituiría un excelente negocio... de miles de millones de marcos, Corman. Pero no es fácil extorsionar a gente de tal posición social y económica. En la mayoría de los casos, eran hombres casados o con hijos, pero no de la clase de personas que, por echar una cana al aire a espaldas de su esposa, pongamos por caso, iban a ver arruinado su hogar. Un hombre así, difícilmente entrega millones a nadie para cubrir un desliz.

—Pero algo está sucediendo con ellos, sin embargo —me quejé—. Ese hombre, Neuman, desapareció en la Sauna Eros. Hay quién puede jurarlo. Y había dejado previamente un objeto de valor a mi testigo, quizá porque no se fiaba mucho de la gente de ese negocio. Pensaba recogerlo luego. ¿Y qué sucedió? Sencillamente, que nunca volvió por ello. Nadie le volvió a ver jamás. ¿Usted entiende eso?

—Ya le dije que no es un caso único. Los otros no siempre desaparecieron, sino que fueron muertos en accidente o cosa parecida, pero el final ha sido invariablemente el mismo: la ruina de sus negocios y la ausencia de grandes sumas, injustificadamente evaporadas. Por cierto, que a esa lista podemos añadir ahora un nombre que quizá le sorprenda a usted de modo considerable, Corman.

—¿A mí? —pestañeeé, mirándole con asombro—. ¿A qué se

refiere?

—A un magnate del petróleo norteamericano. Un hombre que nadaba en oro. Ha muerto. Y de repente, se descubre en Estados Unidos que su empresa ha visto mermadas sus reservas en más de doscientos millones de dólares, cuyo destino es un auténtico enigma. —extrajo un telegrama de su bolsillo—. Acaban de informarme de ello los hombres del FBI norteamericano. Es una enorme evasión de divisas que no tiene sentido y que la viuda y los hijos del magnate no logran comprender. Ahora, el imperio de ese hombre se tambalea peligrosamente...

—¿Y qué tengo que ver yo con ello?

—Más de lo que cree. El hombre en cuestión es el difunto Rowland H. Weatherby. Un viajero del mismo avión en que usted viajaba cuando tuvo lugar la catástrofe, amigo mío. Rowland H. Weatherby, en persona. El magnate del petróleo que pereció entre los ocupantes de ese avión siniestrado cerca de Ginebra... Usted es el único testigo que tengo realmente de que Weatherby en persona iba a bordo de ese avión...

—Cielos... —murmuré, mirándole con asombro—. Sí, comisario. Puedo jurarlo sin temor a equivocarme. Uno ha visto en los diarios muchas fotografías de hombres como Weatherby o como Rockefeller... Iba con su séquito personal de varios hombres de negocios... Puedo jurar, sin temor a equivocarme, que él viajaba conmigo en ese avión. Y no sobrevivió a la catástrofe.

—Lo sé, lo sé... —me contempló largamente, con aire abstraído—. ¿Se da cuenta, Corman? Si tenemos que aceptar que un hombre como Weatherby pudo ser víctima de chantaje, extorsión o algo parecido, y luego se le eliminó en un accidente... tendríamos que admitir que en esa tragedia aérea hubo algo más que un vulgar acto de piratería terrorista, aunque utilizaran a un fanático para ello. Y en tal caso, llegaríamos a la delirante conclusión de que detrás de esos grandes hombres cuyas fortunas desaparecen misteriosamente antes de morir o desaparecer ellos mismos... existe una organización tan poderosa y tan feroz, que es capaz incluso de pulverizar un avión en pleno vuelo, matando simultáneamente a más de cien personas inocentes... y que doscientos millones de dólares puede ser el beneficio neto de uno de sus trabajos. Alucinante, ¿no cree?

No supe qué decirle. Pero sentí un escalofrío que subía por mi médula espinal, hasta erizar los cabellos de mi nuca.

Si esto era así, como él decía, ¿qué clase de monstruo anónimo se hallaba oculto en las sombras, moviendo los hilos de la fantástica trama? Jamás antes de ahora había existido una organización delictiva semejante. Y como decía el comisario Dietrich, resultaba muy problemático imaginarse a grandes magnates extorsionados hasta ese punto...

Pero ¿qué otra cosa podía estar sucediendo?

No le dije nada, pero estuve seguro de que el negocio de masajes no podía constituir clave alguna. Solo era una fachada, una parte quizá del problema. Teníamos que buscar la solución en otro sitio. En un organismo multinacional, en algo capaz de mover sus tentáculos disimuladamente por todo el mundo, sin despertar sospechas...

Instintivamente, vi un edificio cercano a la Sauna Eros y a la cervecería donde trabajaba Erika.

La Fundación.

Sí. Estaba seguro de que la Fundación Científica Klassenstor era la clave. O la parte más importante de ella...

NADIE me hubiera podido reconocer esta vez.

Aquellas mandíbulas de goma, ensanchando mi rostro, la barbita postiza, los cabellos teñidos, las gafas de vidrios aparentemente gruesos, el modo de vestir, la pasta sobre mi nariz... Aquel establecimiento destinado a útiles y posticerías teatrales me había facilitado todo lo idóneo para que Brian Corman dejara de ser Brian Corman. Y también Claude Ferrand. No me parecía en nada al hijo del doctor Ferrand, cuando cruzaba las amplias puertas de la Fundación, en plena mañana soleada de Múnich, llevando una voluminosa cartera colgando de mi mano.

Muchas personas entraban y salían en el edificio destinado a la Fundación científica creada por el profesor Konrad Klassenstor, y que podía hallarse diseminada por toda Europa para el estímulo de toda clase de avances científicos y técnicos. Yo no era sino una de ellas, en quien nadie podía prestar demasiada atención.

Ciertamente, el comisario Dietrich ignoraba esto. Posiblemente no me hubiera permitido jugar a los disfraces de haberlo sabido. Mis aficiones detectivescas le tenían algo malhumorado, y quizá tuviera razón para ello, después de todo.

El edificio tenía un amplio patio porcheado, de altas columnas, y varias escaleras que, como las de una vieja universidad, subían a las plantas altas. Jóvenes de ambos sexos deambulaban de un lado a otro, en busca de información, de rellenar impresos para posibles becas, y todo lo que una Fundación semejante lleva consigo.

Subí las escaleras. Pero hasta la última planta. Un letrero me avisó en una puerta de aquel último piso:

SOLO PARA PERSONAL DE LA EMPRESA.
NO ENTRAR

No pensaba obedecer el aviso. Entré, con la mayor naturalidad del mundo, hallándome en un largo corredor, al final del cual se veían unas oficinas y, lateralmente, algunas puertas cerradas. Doblando el recodo de aquel pasillo, y dejando atrás las oficinas, una nueva puerta aparecía en su fondo. Me aproximé a ella. Leí sus letras en una placa metálica.

ACCESO PRIVADO.
CENTRO DE INVESTIGACIONES.
PROHIBIDO EL PASO

La puerta se abrió. Yo fingí pasar de largo hacia otro punto del piso, con la mayor indiferencia. El hombre que salió por allí hizo dar un vuelco a mi corazón.

Pequeño, rollizo, traje gris, sombrero tirolés de fieltro verde... ¡Franz, el compañero de viaje de Denise Gerard en el tren Ginebra-Zúrich!

Pasó por mi lado sin reconocirme lo más mínimo, y se perdió en las oficinas cercanas. Rápido, me aproximé ahora a la puerta que él manipulara. Probé a abrirla y cedió, quizá porque él había dejado el pestillo sin deslizar. Pasé con rapidez al otro lado. Y me encontré con un corredor más, este más pulcro, más claro, con muros esmaltados, color marfil y puertas blancas.

Avancé decidido. Las puertas aparecían numeradas, como las de un establecimiento sanitario. De una de ellas, al fondo, salió un hombre con bata blanca, confirmando esa impresión. Pensé que podían ser laboratorios o cosa parecida. Y que la presencia de un intruso como yo, podía provocar un pequeño caos en la Fundación.

Otra puerta se abrió. Me llevé un sobresalto. Salieron hasta tres hombres con batas blancas. Y dos mujeres igualmente ataviadas. Pero eso no era lo sorprendente. ¡Ellas eran muchachas jóvenes, atractivas, que no me resultaban desconocidas en absoluto!

Las había visto antes. En la Sauna Eros...

Una luz roja parpadeó en el fondo de mi cerebro. Las cosas empezaban a encajar entre sí, como piezas de un *puzzle*. Pero un *puzzle* disparatado, inverosímil. Mujeres dedicadas al oficio más

antiguo del mundo, bajo el eufemismo de «masajistas»... metidas en un centro experimental de una Fundación científica... Eso no tenía sentido. Pero, en cambio, confirmaba mis sospechas. Y el motivo de mi presencia allí...

Venían hacia mí. Decididamente, abrí una puerta lateral, al azar. Entré en una estancia sumida en penumbras, de claras paredes y ventana con persianas graduables de plástico.

Esperé allí, respirando contenidamente. Los pasos de las cinco personas se alejaron por el corredor. De pronto, tuve noción de que no estaba solo allí. Alarmado, giré la cabeza, mirando con más detenimiento el lugar en que me hallaba.

Me estremecí. Desde detrás de unos vendajes, unos ojos me miraban, penetrantes. Un hombre yacía en un lecho, recostado sobre almohadas. Su quietud era casi absoluta, pero su mirada era brillante y fría, sin separarse de mí.

—¿Quién es usted? —preguntó, secamente.

—Un amigo —respondí, con voz apagada—. ¿Qué hace aquí?

—¿Se ha vuelto loco? Si es un amigo, tiene que saber lo que hago aquí. Usted no lleva bata blanca como los demás.

—No, yo no —estudié al hombre, en silencio. Tenía que arriesgarme a saber algo más sobre él—. ¿Está aquí por la fuerza?

—¿Por la fuerza? —los ojos destellaron—. Eh, un momento. Usted no pertenece a este lugar... ¿Es usted un intruso!

Me había arriesgado. Y este era el resultado. El tipo no era ningún cautivo allí. Se excitaba. Corrí a la puerta, mientras él gritaba con voz potente:

—¡Es un intruso! ¡Socorro! ¡Alguien se ha metido aquí! ¡Puede ser un federal! ¡Saben que estoy aquí, saben quién soy yo!

Su inglés era brusco, gangoso. Inconfundible acento norteamericano. Salí al exterior, mientras él gritaba sin cesar. Me encontré ante varios hombres con batas blancas. Uno de ellos me encañonó con una pistola automática, provista de silenciador.

—No se mueva —avisó—. Si le mato, nadie vendrá aquí a reclamar su cadáver...

Otro de los hombres de bata blanca se apresuraba ya a entrar en la estancia para calmar a su ocupante:

—Calma, calma, señor Weatherby... No tiene nada que temer.

Nos ocuparemos de ese entremetido, no se preocupe por nada. La Fundación responde de todo, ya lo sabe usted...

Supe de ese modo quién era el hombre allí encerrado, envuelto en vendajes. ¡Se trataba del magnate del petróleo Rowland H. Weatherby, a quien yo había visto morir en el avión siniestrado!

* * *

—No, señor Corman, no. Usted no vio morir realmente al señor Weatherby, sino a un perfecto doble suyo, como usted lo es de Claude Ferrand.

Miré con expresión colérica a mi interlocutor. Era Franz. Franz Kessel, guía de turismo en Suiza y Alemania, amigo de Denise Gerard. El hombrecillo del sombrero de fieltro verde, estilo tirolés.

Los demás hombres presentes en aquel gabinete con toda la apariencia de un consultorio médico, eran personas herméticas, de bata blanca, que me contemplaban con absoluta frialdad. No había humanidad ni compasión en sus rostros. Para ellos, yo era mucho menos que una cobaya, sin duda alguna.

—Un doble —repetí—. Y el auténtico Weatherby...

—Era conducido secretamente a la Fundación para que nuestros hábiles cirujanos, uno de los cuales, era el doctor Ferrand, lamentablemente dado de baja en nuestro personal por haber cometido errores irremediables, conviertan su rostro en el de una persona diferente por completo e injerten nuevas huellas dactilares en sus dedos mediante una operación larga y compleja, que fue totalmente imposible antes de ahora, y que hubiese hecho la felicidad de los antiguos *gangsters* de Chicago, pongamos por caso. De ese modo, el difunto señor Weatherby, desaparecido para siempre, deja paso a otra persona distinta que es dueña de su destino, de su futuro y de su dinero... a cambio de una fuerte suma, por supuesto. Es lo que vale romper con un pasado, con un hogar, con una esposa, unos hijos y unas obligaciones, para vivir otra existencia independiente, lejos de las obligaciones de una situación social. El sueño de muchos hombres reprimidos, amigo Corman. El ideal de los que se ven sometidos en sus hogares y negocios a una vida que detestan pero que les esclaviza. Ellos compran su libertad a un precio elevado... pero les sobran millones para disfrutarlos en cualquier lugar del mundo, sin inhibiciones.

—Un plan inteligente... pero monstruoso, puesto que también significa muertes —dije abruptamente.

—Por supuesto —suspiró—. Cuando hay tanto dinero por medio, siempre hay que eliminar a personas molestas. Testigos, gente que sabe demasiado... A veces, incluso, al propio interesado, si de repente se nos vuelve sentimental y desea dar marcha atrás.

—Como el caso Neuman, ¿no es cierto?

—Sí —me miró fríamente—. Como el caso Neuman. Es muy listo, Corman. Mucho. Llegó más lejos que ningún otro. Gunther Neuman, en efecto, tuvo que ser eliminado cuando estaba a punto de ingresar en nuestro centro especializado, para convertirse en un hombre diferente. Lo pensó mejor y deseó volver con su familia, deshacer lo pactado. Era demasiado tarde para ello. Hubiera hablado de nuestra organización. Era peligroso... Tuvo que morir en la propia sauna, que comunica con este edificio por el subsuelo, secretamente, y ser disuelto su cadáver en nuestros vertederos... Todo está organizado y bien medido, Corman. No debió jugar a detectives con nosotros. Ahora, ya sabe lo que le espera.

—Morir, supongo.

—Supone bien. Morir, sí. Debo disponer todo para su ejecución. No hay otra salida para los curiosos que van demasiado lejos.

—Este negocio tiene que terminar, usted lo sabe... La policía ya sospecha algo. Es cuestión de tiempo...

—Terminaremos cualquier día nuestro trabajo —sonrió Franz—. No se preocupe por nosotros. Es asunto nuestro.

—¿Es usted el jefe, quizá?

—No, no —se echó a reír—. Solo una célula de este complejo. Los jefes están muy arriba, Corman. Ni siquiera tenemos contacto con ellos, ni ellos entre sí. Esta es una organización perfecta, no lo dude. Demasiado compleja para desmoronarse fácilmente. Ahora, terminemos de una vez con usted. Su juego ha tocado a su fin. Resultó perdedor, como era de prever. Lo siento por usted...

No dije nada. Hizo un gesto a los hombres de bata blanca. Uno de ellos me empujó con su automática.

—Venga con nosotros —silabeó—. Le haremos morir dulcemente. Es un favor especial. A cambio de disponer de su cuerpo. Podrá ser el cadáver necesario para suplantar a otro

millonario que estamos esperando... Supongo que no pondrá objeciones a eso. Es un modo de evitarle agonías.

—¿Cómo lo harán? ¿Con una simple aguja hipodérmica, quizá? —quise saber.

—Sí, eso es —suspiró el hombre de bata blanca—. Supongo que prefiere eso a un disparo a bocajarro. Será como entrar en un suave sopor. Y nada más, señor Corman.

—Será morir, de todos modos —refunfuñé—. Está bien, vamos allá...

—Eso, cuando menos, lo ha evitado ya —sonrió fríamente mi verdugo científico.

Echamos a andar hacia alguna parte del maldito centro. Me introdujeron él y sus ayudantes en una cámara vecina a un quirófano perfectamente equipado, donde sin duda se realizaban operaciones en los rostros de los grandes hombres de las finanzas y la industria que elegían un nuevo camino para una nueva vida sin obligaciones ni ataduras.

Me llevé una nueva sorpresa, quizá la última. Dos personas con batas blancas esperaban allí. Me sonrieron fríamente ambos. Hombre y mujer. Sentí un escalofrío.

—Hola, Corman —me saludó ella—. ¿Creyó engañarme en el tren? Sabía que era usted...

—Denise Gerard... —susurré, mirando a la muchacha de cabellos color de miel oscura—. También metida en esta basura... Y usted, Claude Ferrand, mi doble... ¡unido a los asesinos de su padre!

Claude Ferrand, una perfecta contrafigura mía, el hombre que suponíamos peligraba mortalmente, me miró con frío cinismo y se encogió de hombros. Una mueca burlona curvaba sus labios.

—Solo era mi padrastro —dijo, secamente—. Este negocio no conoce ni piedad ni sentimentalismo, Corman. Él no creó un doble mío para evitarme riesgos, como creyeron todos, sino para acusarme de forma muda de todo aquello que detestaba en mí. Luego, comprendió demasiado tarde que la organización y yo mismo no queríamos verle por ahí con mi rostro, por si ello era como una pista para la policía. Se intentó acabar con su vida, para así hacer creer que era mi vida la que peligraba. Pero siempre, siempre... era a Brian Corman a quien había que matar, no a

Claude Ferrand —rió entre dientes con ironía—. Ahora... lo siento, señor Corman. Llegó su hora. Denise y yo somos importantes dentro de esto. Dirigimos la célula Suiza-Baviera... Le dejamos en manos del doctor Scholl. Es un hombre eficiente. En operar a los pacientes... y en eliminar problemas. Buen viaje a la eternidad, Corman...

Era el final, sin duda alguna. Abrieron la puerta para salir. El doctor Scholl tomaba ya una aguja hipodérmica para aproximarse a mí...

* * *

Al abrirse la puerta, sonó la voz, fría y desapasionada:

—Terminó el juego, Ferrand. No se mueva. Ni usted, señora Gerard. No, que nadie escape. El edificio está cercado, el interior ocupado por mis hombres... Y con orden de disparar si alguien intenta la fuga. Es inútil todo, créanme...

—¡Comisario Dietrich! —grité, como si viese de pronto a mi verdadero ángel de la guarda—. ¡Es un milagro!

—No, maldita sea. No es un milagro —rezongó—. Le puse un pequeño adminículo emisor de ondas en su ropa sin que usted se diera cuenta. Le hemos vigilado a distancia, desde coches patrulla especialmente dotados. Así hemos podido seguirle hasta aquí, y luego hemos podido escuchar por el aparatito, algo más que simples vibraciones de radio. Se convertía en micrófono emisor a distancia, ¿entiende? Ya lo sabemos prácticamente todo... La organización se ha terminado. No les sirvió de nada asesinar a Helga, que iba a romper con ellos, revelando lo que sucedía.

Sus hombres lo ocupaban todo. Rodeaban las dependencias, arma en mano, y los miembros de la Fundación se iban entregando, dócilmente, bajo la amenaza de los agentes de la policía de Múnich.

—Mea culpa, comisario —suspiré, con gesto de fatiga—. No sirvo mucho para detective aficionado. De no ser por usted, ya estaría muerto...

—Y de no ser por usted, esto hubiera tardado mucho en resolverse —sonrió él—. No se valore en menos de lo que realmente vale, Corman. Le felicito, ha hecho las cosas muy bien, después de todo.

Eso, en sus labios, era todo un elogio. Al salir juntos de allí, mientras conducían a coches celulares a los miembros de la organización, me preguntó, risueño:

—¿Y ahora, Corman? ¿Va a disfrutar de turismo en Múnich?

—Sí, comisario —reí—. Y beberé cerveza... con una chica a quien tengo que ir a buscar inmediatamente. Múnich es hermoso. Vale la pena vivir la vida en él...

Sonrió, asintiendo. Y no hizo comentarios. Quizá opinaba igual.

Cuando me despedí de él, salí para las proximidades de Múnich, al lugar donde Erika esperaba. Ya había dejado de peligrar su vida. Y la mía.

Era el momento de olvidar juntos todo aquello, antes de escribir un libro con el que no había contado. Ni mis editores tampoco.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



NOTAS

[1] Respectivamente, las frases alemanas significan, como es fácil imaginar: —«Por favor, el pasaporte»; «Aquí lo tiene»; y finalmente, «Muchas gracias».